

## La historiografía y el Centenario de la Independencia de las Repúblicas Sanmartinianas (Perú, Chile y Argentina)

Fausto Alvarado Dodero  
Pontificia Universidad Católica del Perú

**Palabras clave:** Emancipación, historiografía, Centenarios Sanmartinianos, Perú, Chile, Argentina

### **Resumen:**

Dos corrientes políticas y militares determinaron el surgimiento de las repúblicas libres en Sudamérica. La bolivariana o septentrional y la sanmartiniana o meridional. La primera se dio entre 1809 y 1830 y la segunda se verificó entre 1810 y 1821 e involucró a las repúblicas de Argentina, Chile y Perú. La historiografía de estas repúblicas en la época de las celebraciones de los centenarios de las independencias de las repúblicas sanmartinianas, Perú, Chile y Argentina, es el objeto del presente trabajo.

Las conmemoraciones de los centenarios de Emancipación se realizaron entre 1910 y 1921-1924, para ello se organizaron comisiones oficiales y se reunieron comités cívicos y académicos con el propósito de lograr el realce adecuado a esas importantes efemérides. Se desarrollaron celebraciones propias y relativas a las repúblicas hermanas, como fueron los casos de la Universidad de Buenos Aires que conmemoró entre julio y agosto de 1922, el centenario del Perú, la *Comisión Nacional de Homenaje al Perú*, puesta en vigor entre 1921 y el citado 1922. Respecto al Perú se puede decir con certeza que fueron dos los centenarios, ya que tanto 1921 como 1924, representan el centenario de la declaración de Independencia por José de San Martín el 28 de julio de 1821, como la capitulación española y sello de la independencia americana que incluye al Perú de manera protagónica por realizarse en su suelo, la Pampa de la Quinua, en Ayacucho en 1924.

Sin embargo, nos concentraremos en la de 1921 dejando para otra oportunidad la segunda, sin desmerecer en absoluto su importancia. Los cien años de la Independencia de Argentina se celebraron publicando diversas revistas, ensayos, especies líricas, discursos de orden y actas festivas. Destacando la obra del historiador Juan Álvarez, del poeta Arturo Capdevila y del creador del Museo Histórico Nacional, el historiador y jurista Alfredo Carranza.

Para la celebración chilena, en el año 1894 se organizó una Comisión especial denominada *Comisión Centenario* con la misión de proponer los proyectos y actividades para su celebración. Esta comisión fue reestructurada en 1905 y quedó dirigida por don Agustín Edwards McClure, entonces Ministro del Interior. Se publicó un conjunto disperso

de folletos y libros conmemorativos y se inauguró obra física como el Palacio de las Bellas Artes o la Estación Mapocho. Tuvo como figuras relevantes a Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards Vives y Gonzalo Bulnes.

Finalmente para la celebración peruana de 1921 se formó una comisión gubernamental. Se publicó el *Atlas del Centenario de la Independencia del Perú* y una multiplicidad de folletos, revistas y opúsculos alusivos. Se realizaron ceremonias, especialmente de homenajes extranjeros (reinos de Bélgica y España, Estados Unidos y Argentina, etc.). Intelectuales relevantes: Germán Leguía y Martínez, la Generación del Conversatorio Universitario o del Centenario (Porrás, J. G. Leguía, Sánchez, Basadre, entre otros).

### **Marco teórico**

Hebe Clementi ha sostenido que la historia de la historiografía, "que es la historia de la particular manera en que han visto los historiadores el desenvolvimiento histórico", corresponde al mundo de las ideas y es "la más intelectual de las historias, puesto que analiza cómo piensa un historiador en su propia cabeza la realidad histórica, rectificando y reinterpretando lo que otros historiadores han afirmado conocer". Para Clementi, por lo tanto, la historia de la historiografía "es pues, en cierto modo, la manera más compleja de las historias de las ideas" entendidas estas "historias" como las caracterizaba Arthur O. Lovejoy, es decir considerando a las ideas como factores históricos más allá de su valor científico, lo que equivale a considerar también el influjo de las ideas erróneas, falsas o capciosas.

Planteado así el concepto general, Clementi lo proyecta sobre la historiografía argentina y concluye que "la historia argentina arranca de la política argentina", es decir que "no hay historia sin política": "La escritura de la historia argentina —escribe Clementi— ha tenido y tiene íntima relación con la factura de la historia y es, por lo tanto, esencialmente política (Mayorga y Brandariz, 2000: 3).

La vida humana como parte de la naturaleza es dinámica, nunca es estática, sin embargo, así como la fotografía toma en movimiento una imagen y la congela en el tiempo, igualmente el análisis histórico requiere de una perspectiva, que si bien es dinámica y en permanente movimiento, pueda ser fijada en un lapso de tiempo que permita una observación detenida desde uno o varios puntos. Esto es lo que los historiadores llaman arco histórico. Estos arcos, como en la ingeniería, requieren de por lo menos dos puntos de anclaje, uno en cada extremo, lo que en historia es un principio y un final, por supuesto ambos relativos al tiempo en estudio.

Como buen arco los dos puntos básicos deben ser en términos constructores lo suficientemente fuertes y en términos de construcción histórica lo suficientemente impactantes y determinantes para justificar la distancia del arco. Otro aspecto importante

para una buena fotografía es una buena pose y un buen vestuario, y así tenemos, que en las celebraciones siempre el oferente se pondrá su mejor ropa y expondrá su mejor cara y se colocará como mejor quiera que lo recuerden, tratará de lucirse exponiendo su mejor imagen y aprovechará la euforia de la celebración para tratar la memoria colectiva.

Por ello la celebración, no solo tiene por objetivo recordar hechos, sino principalmente colocarlos en la perspectiva del tiempo transcurrido para las evaluaciones desde diversas ópticas. “De ahí que sean ocasiones de grandes celebraciones oficiales para demostrar al concierto internacional que conservan su independencia e incluso han podido consolidarse. También son momentos en los cuales se reflexiona sobre el tipo de comunidad que han logrado construir” (Casalino, 2007).

Ahora, cuando esa celebración marca un lapso cualitativamente significativo marcará la diferencia con otras celebraciones más periódicas. No será lo mismo celebrar el primer año que el tercero, diremos con la licencia del caso, que más importante resulta el primero. Por ello existe tradicionalmente la costumbre de darle mayor importancia en la medida que marca un arco significativo, así, tenemos un lustro, una década, un siglo y hasta un milenio, que hemos alcanzado celebrar en nuestras vidas.

Un arco histórico de un siglo es por demás un período muy adecuado,<sup>1</sup> no solo para celebrar, sino para “tomar una buena fotografía” y en nuestro tiempo diremos un “buen video” sobre lo ocurrido en ese tiempo, y también un buen momento para marcar un cambio significativo, un inicio y un final. Por ello, hemos escogido la celebración del primer centenario de la Independencia en cada uno de los países mencionados, pero no solo de manera individual sino también con una visión de conjunto. Finalmente debemos considerar que una conmemoración centenaria, por su importancia, marca un antes y un después. Y sus festividades patrias configuran “la oportunidad de la reflexión y la manifestación pública de nuestras tradiciones y creencias” (Gutiérrez, 2006: 176).

Otro aspecto es circunscribirnos a Argentina, Chile y Perú,<sup>2</sup> porque en común tienen presente a un personaje como José de San Martín y todo lo que eso significa en sus respectivos procesos independizadores, que de alguna forma genera una historia común a las tres repúblicas, diferenciándolas de las que hemos llamado bolivarianas, por la notable influencia de Simón Bolívar, sin dejar de reconocer que Perú tuvo el privilegio de contar con ambos en su proceso de independencia, lo que significó la celebración de dos fiestas centenarias.<sup>3</sup>

La formación de repúblicas independientes en América, resultó un hecho de repercusión mundial, de tal magnitud que hoy una de ellas es la primera potencia del orbe. Países como los Estados Unidos de América, México, Brasil, por señalar los de mayor envergadura económica, constituyen gran parte de la economía mundial actual. Cómo no considerar este hecho, en conjunto por cierto, como un gran hito de la humanidad, y por lo tanto en lo que nos atañe, la aparición de las repúblicas sanmartinianas, sin menoscabar las raíces históricas de cada una, tiene un grandísimo significado no solo para el continente, sino para América y por qué no, para el mundo.

En consecuencia, tenemos muy bien marcado y con fuerte cimentación una de las dos bases del arco histórico, la otra, si bien no deja de ser aleatoria, sí es tradicionalmente significativa: un siglo de luz, como el Centenario que nos ocupa.

Por otro lado, las tres repúblicas consideraban el inicio de su historiografía mediante un antes y un después de la Independencia, por lo que una evaluación a cien años de aquella, significa una distancia apropiada y permite una atención especial al estado de la historiografía y al contenido de la misma.

La celebración del centenario, por su importancia, conforme hemos detallado, significa automáticamente no solo una invitación, sino hasta algo imperativo para intelectuales, académicos, pensadores, políticos y otras figuras representativas y referentes sociales, individuales o colectivos, así como instituciones de toda índole, digan su palabra no sobre los festejos, sino sobre lo acontecido en ese período. Lo que será un rico producto historiográfico que resulta importante recoger sistemáticamente y marcar los cambios cualitativos contemporáneos a la época, que se operaron en la historiografía y las tendencias que surgían y las que fenecían. Ello es el objeto del presente trabajo.

Algo que no puede dejar de mencionarse es que la época de estos centenarios fue contemporánea con la aparición y empuje del imperialismo de los Estados Unidos de Norteamérica también en América Latina, por lo que la afirmación hispanoamericana en el resto del continente se convirtió en un paradigma político e ideológico, originando un discurso antiimperialista, que caracterizaría a las llamadas generaciones del centenario que en cada país surgieron, lo cual se evidenciaría en la historiografía de la primera y parte de la segunda mitad del siglo XX.

En los años próximos siguientes aparecieron revistas como *Nosotros*, *Verdad*, *Sagitario* y *Estudiantina* en Argentina; *Atenea* e *Indoamérica* en Chile; y *Amauta* e *Inka* en el

Perú, que acogieron a intelectuales vanguardistas (Tejada, 2000: 93). Esto dio lugar a una “efervescencia cultural e ideológica, un prolongado diálogo entre la joven intelectualidad, diálogo que hasta donde sabemos no ha tenido precedentes en la historia continental” (Tejada, 2000: 93), lo que puede llamarse solidaridad continental, que fue el espíritu de esos tiempos, incorporando por cierto la preocupación sobre la justicia social como forma de lucha hacia el interior de cada país. Otra característica fue la necesidad histórica de mostrar que efectivamente eran repúblicas independientes.

La importancia de tratar el tema radica en que recupera actualidad, ya que en los actuales años se está dando inicio a la celebración de los bicentenarios de las independencias en Iberoamérica, siendo importante tener actualizado el centenario para contrastar o comparar los trabajos historiográficos con motivo de uno y del otro. Para estos fines, por lo concentrado de este trabajo, no podríamos abarcar todo la historiografía directa o indirectamente vinculada a la celebración de los respectivos centenarios, por lo que nos avocaremos, por ahora, solamente a un grupo reducido de personajes de manera individual o colectiva, que marcaron hitos significativos para la historiografía del momento, haciendo previamente una síntesis del estado de la cuestión historiográfica en cada una de las repúblicas en esa época y finalmente, otra síntesis de cómo evolucionó hasta nuestros días, de tal forma que podremos verificar el impacto que este suceso (cien años de vida republicana) tuvo en la historiografía de cada país.

Finalmente advertimos que por la distancia para acceder a fuentes primarias respecto de Argentina y Chile y por las razones antes expuestas, solo nos hemos limitado al uso de fuentes secundarias, salvo algunas excepciones.

### **Antecedentes históricos comunes**

Las tres repúblicas estuvieron ligadas a España, de tal forma, que la suerte de ese Reino causaba serias repercusiones en ellas; así, hechos cercanos a nuestro arco histórico, como la decadencia de la metrópoli debido a la invasión francesa y los llamados sucesos de Bayona que determinaron el cautiverio del Rey español Fernando VII, a lo cual se aunaba el desprestigio de las autoridades coloniales, llevaron a las dirigencias locales a constituir juntas leales a la monarquía española, con el propósito inicial de proteger el poder real.<sup>4</sup>

Sin embargo, bajo la premisa de que la ausencia de un gobierno legítimo provoca la reversión de los derechos de soberanía al pueblo, y que, si no había gobierno español en la

Península, menos lo había en sus colonias, quedaron legitimadas las decisiones que tomaran estos congresos. Se trataba de una independencia de facto como producto de la extinción, o peligro de ello, del gobierno imperial.

Así, bajo la denominación de Asamblea General se instaló en Argentina la primera junta de gobierno el 22 de mayo de 1810, fecha que los platenses toman como independencia para efectos de su celebración. En Chile la primera Junta de Gobierno se creó el 18 de septiembre de 1810 y es la fecha que toman en cuenta para celebrar su Independencia, debiendo mencionar que la proclamación de la Independencia recién se produjo el 12 de febrero de 1818. En cambio el Perú toma como fecha de su Independencia la proclamación hecha en Lima por San Martín el 28 de julio de 1821.

Tenemos entonces que los centenarios de las repúblicas, en conjunto, toman un arco histórico que va desde 1810-1821 hasta 1910-1921, considerando que es común a las tres nacionales dado que su independencia constituyó una sola campaña militar.

Los centenarios confluyen en consolidar el pensamiento americanista que apenas se había esbozado en los años anteriores, postergado por el presente de revoluciones políticas internas, que no dejaba tiempo ni espacio de pensamiento, para aunarse a una causa supra nacional como el americanismo.

En cada uno de los países, el centenario coincidió con una nueva corriente de pensamiento que superaba las barreras de su propio territorio y buscaba universalización, que se expresaba en este sentimiento hispanoamericano, como punto de inserción en la corriente mundial.

Es notable apreciar que en estas repúblicas existió por aquella época un renacimiento de lo hispánico, dejando de lado los prejuicios de la dominación española y asumiendo el protagonismo de la cultura occidental. Es a partir de la primera década del siglo XX que aparecen grandes pensadores nacidos en esta parte del mundo, con un movimiento lozano y juvenil,<sup>5</sup> que toman presencia en la cultura universal, las letras, las artes y las ciencias. Reciben el aporte de ilustres latinoamericanos durante todo el resto del siglo, al que también se le denominó *Siglo Americanista*.

## La historiografía argentina y el Centenario

### Contexto histórico

Los años de la época del centenario encuentran a la República Argentina en “bonanza, crecimiento, conservadurismo, celebraciones, formación y florecimiento” (Iriarte, s. d.),<sup>6</sup> poniéndola en condiciones de realizar una celebración que la coloca en los ojos del mundo como una potencia emergente, para lo cual se puso su mejor ropa construyendo e inaugurando teatros, suntuosos edificios burocráticos y monumentos en su capital Buenos Aires donde se centraron las ceremonias conmemorativas, así como rimbombantes ferias.

En el terreno político podemos afirmar que estaba al frente un Estado de corte conservador y oligárquico, con un nada confiable sistema electoral que daba una precaria legitimidad a los gobiernos, con marcadas ausencias y denuncias de “fraude como método de supervivencia”. Sus instituciones se modelaban bajo fuerte influencia europea.

En 1906 asume el poder Figueroa Alcorta, a quien le correspondería presidir la República en las ceremonias del centenario y teniendo como presidente electo a Roque Sanz Peña, nuestro recordado héroe nacional de la Guerra del Pacífico, quien había ganado las elecciones generales llevadas a cabo el 10 de marzo de 1910. El mandato de Figueroa estuvo caracterizado por frecuentes huelgas y dudas en los procesos electorales, las cuales serían disipadas en el gobierno de nuestro querido ex defensor de la bicolor, con la reforma electoral de 1912.

La Nación estaba dirigida por la famosa *Generación del 80*,<sup>7</sup> una elite poderosa pero reconocida como ilustrada, conservadora en lo político, pero liberal en lo económico, dependiente en gran medida de un modelo agro exportador, principalmente ligada al mercado inglés, con una gran predisposición a recibir inmigrantes de todo Europa, que no solo recibía el material humano de ese continente, sino las costumbres de sus grandes ciudades y optaba por deseos de parecerse a ellas, lo cual se reflejaba hasta en su arquitectura urbana, que experimentó un desarrollo acelerado con altas tasas de crecimiento entre 1880 y 1914 por la presión de la inmigración.

Buenos Aires, la gran capital y centro de concentración urbana, tenía una estructura social primada por una burguesía terrateniente y mercantil, teniendo una incipiente pero en vigoroso crecimiento, clase obrera, de ocupación en el campo y en la ciudad, conformada por trabajadores ferroviarios, portuarios, frigoríficos y de servicios, una clase media

principalmente ocupada en el quehacer público como burócratas, profesionales y pequeños empresarios, ubicando en la marginalidad temporal o transitoria a una considerable cantidad de inmigrantes,<sup>8</sup> que iban entregando su mano de obra a la expansión inmobiliaria y a las industrias emergentes como la alimentaria y textil. La clase media se fue formando a partir de la segunda generación de los inmigrantes que nacieron en tierra gaucha, proviniendo de los estudios universitarios, quienes ya como nativos podían tener aspiraciones políticas y competir en este campo con la clase tradicional.

Reiteramos en los años previos al nuevo siglo se consideraba en pleno auge económico a Argentina, con un claro modelo agro exportador determinante en su economía, por la colocación de granos y carnes en el exterior, principalmente en Inglaterra. Las inversiones extranjeras eran considerables en la época, principalmente vinculadas al crecimiento urbano que requería de importantes y costosos servicios públicos, como ferrocarriles, servicios urbanos de agua, luz, transporte, etc. La actividad agrícola y ganadera era explotada por latifundistas y estuvo ligada a la exportación. Sin embargo ya en tiempos del centenario la economía empezaba a deteriorarse con marcada desocupación, que recaía fuertemente en los trabajadores inmigrados, quienes por las ideas traídas de sus terruños, no tardaron en formar sindicatos y agremiaciones. La respuesta del gobierno fue la represión y principalmente la amenaza de expulsión del país.

### **La celebración**

El año llegó y se desarrolló bajo el manto de la llegada del fin del mundo por la presencia del cometa Halley, pero ello no fue obstáculo ni mermó el entusiasmo argentino para “tirar la casa por la ventana” con ocasión de cumplir un siglo desde su primer intento de independencia y organizó una exposición de carácter mundial a la que denominó “Exposición Internacional del Centenario”, concentrando la atención de todo el mundo por una o por la otra razón.

Esta exposición fue de varios temas, como Bellas Artes, Agricultura, Higiene, Industria, Ferrocarril, toda la ciudad se convirtió en una gran vitrina. La asistencia fue del orden de cincuenta delegaciones diplomáticas, con la presencia de la infanta española Isabel de Borbón.

Otras actividades culturales fueron las Jornadas sobre Cometas, la presentación del libro *Los mitos de la historia argentina* de Felipe Pigna, una serie de conferencias y



actividades académicas: "El espíritu de la exposición era lanzar la ciudad hacia el futuro. En los albores del siglo, Argentina buscaba ubicarse entre las naciones líderes de Occidente y estaba dispuesta a dar el gran salto, aunque para eso fuera necesario pasear a una infanta española por las callecitas porteñas".

En todo el tiempo previo a la celebración, los cambios que iba sufriendo la ciudad concitaban la atención de la prensa con motivo de las obras para las ceremonias.

Aunque el objeto del presente trabajo es la parte historiográfica, la propia celebración no puede dejarse extrañar, pero apelando a no extenderlo y mostrar los avances de la tecnología desde hace casi doscientos años, así como aplicando el proverbio de que más vale una imagen que mil palabras, nos remitimos a la página electrónica You Tube como propalador de la Revista de Video *Factor Futuro*, núm. 176, del 18 de julio de 2008, que consta de un video de 25 minutos y 39 segundos sobre precisamente la celebración del Centenario de la Independencia de Argentina, que creemos muestra con mejor detalle y visión, que las palabras que escriba en el presente documento.

### **Influencia del Centenario en la historiografía argentina**

Después de ver el contexto histórico resulta evidente que la conmemoración concitaba la atención de todos los productores de historiografía desde periodismo hasta las más altas expresiones filosóficas y humanísticas. Pronunciamentos no solo de argentinos sino de todas las demás latitudes, resultaba el evento de carácter mundial.

Antes de entrar en la propia materia del centenario es importante referirnos a la historiografía argentina hasta dicha celebración, que por demás sirve de una pauta introductoria. En efecto, se reconoce la batalla de Caseros (3 de febrero de 1852) como el inicio de la historiografía argentina, sin embargo recientes estudios historiográficos han permitido incorporar la producción histórica anterior a Caseros. Se consideraba desde Caseros justificándose en que el país vivió tiempos de mucha convulsión y construcción que no permitieron el desarrollo de muchas expresiones culturales, entre ellas, ocuparse de la historia. Es solo con la aparición del discutido Rosas (batallas de Caseros y Pavón<sup>9</sup>), debiendo justificar su lucha con Rosas y la influencia liberal en la construcción de la Nación Argentina, siendo estos temas los que dieron orientación a la naciente historiografía gaucha, teniendo entre sus iniciadores a Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre.

A estos historiadores se les criticaría más tarde por su parcialización con el sistema y ausencia de objetividad debido a la fuerte rivalidad con Rosas, y sus severas críticas al colonialismo español y a los caudillos federales. Surgiendo así, como fuertes críticas a los anteriores, lo que se ha llamado la historiografía revisionista, principalmente inspirada en la rivalidad política y oposición al gobierno de Bartolomé Mitre y orientada a una crítica política coyuntural, por lo que no modificó sustancialmente la tendencia que habían impuesto los iniciadores antes mencionados como López y Mitre, hasta la aparición de Saldías, quien empieza a estudiar la historia desde 1824 en adelante, recurre a fuentes primarias documentales que no habían sido materia de estudio, concluyendo que la historiografía influenciada por Mitre, de quien se consideraba su discípulo, estaba demasiado como para no cuestionarla.

Publica en 1881 la primera versión y en 1988 la versión definitiva de su “Historia de la Confederación Argentina”, basada en los archivos de Rosas, que no fue del agrado de Mitre, quien denostó de esta obra, la misma que fue condenada al ostracismo. En esa obra se rescatan algunos ángulos positivos de la actuación política de Rosas. Estos hechos dieron lugar a lo que se llamó “el momento fundacional de revisionismo histórico argentino”. Notamos acá un claro tránsito del historicismo filosófico, romántico y apologético al positivismo, que sería la corriente dominante en la historiografía que llega al centenario.

En el ínterin aparecen otros significativos autores que consolidan este cambio de la corriente historiográfica argentina, como Carlos D. Amico (*Buenos Aires, sus hombres, su política*), Ernesto Quesada con *La época de Rosas*. David Peña con su *Juan Facundo Quiroga* reivindicando la figura de Rosas. Una constante que esta tendencia historiográfica tuvo como oposición fue la propia prensa argentina que poco o nada comentaba las obras publicadas, se dice que “ni siquiera para denostarla”.

Esta visión de la historia dedicada al aspecto político, cuyas posiciones de esta índole marcaba la tendencia del historiador, empezaría a cambiar recién a partir de Juan Álvarez con *Estudio sobre las Guerras Civiles Argentinas* publicado en 1912, quien agregaría un sentido económico a la explicación de los hechos históricos, principalmente a las guerras civiles del siglo XIX. Dejaremos ahí la cuestión para entrar propiamente a la historiografía del centenario.

Es entendible que el gobierno utilice esta celebración para afirmar su concepción ideológica y hasta política, por lo que las actividades de carácter oficial se encontraron bajo ese marco. Consideramos que en el terreno plenamente civil, por llamarlo de una manera,

encontramos visiones opuestas y sin escapar el tema de la coyuntura política, que como hemos visto anteriormente influía en la historiografía de la época.

La puerta de entrada a este tema es la llamada Nueva Escuela Histórica, la publicación del *Centenario Argentino – Álbum Historiográfico de la República Argentina – Ciencias, Artes, Industrias, Ganadería, Agricultura – 1810-1910*, en dos volúmenes, La *Revista de la Unión Ibero-Americana*, el Congreso Internacional Americano de Medicina e Higiene en Buenos Aires 1910 y el XVIII Congreso Internacional de Americanistas o Congreso del Centenario.

Resultaría muy notorio para la historiografía argentina la época de las décadas del entre siglo, vale decir la última década del siglo XIX y primera década del siglo XX, en que surgen muchos pensadores y propiamente historiadores que cambiarían el curso de la historiografía rioplatense, en el sentido de no encasillarse en los temas políticos coyunturales como razones subjetivas y hasta determinantes en las obras intelectuales o en la construcción de valores y referentes nacionales en la construcción de la identidad.

Si bien es cierto, la aparición de importantes obras que adicionan a la tendencia filosófica, romántica e historicista, con marcada tendencia y colocación política, otras motivaciones como económicas, sociológicas y pedagógicas, no se publican en la gran mayoría de los casos en la misma y precisa oportunidad de la celebración del centenario. No cabe duda que en su gestación e incubación mucho tuvo que ver este evento. Las obras impactantes dan a luz precisamente en los años inmediatamente previos o posteriores al año de la celebración del centenario.

En tiempos en que la historia se afirmaba como ciencia, algunos historiadores profesionales incursionaron en la producción de textos escolares. Entre ellos, se destaca la *Historia argentina de los niños en cuadros*, de Carlos Imhoff y Ricardo Levene (1910) y, especialmente, por su prolongada vigencia, las *Lecciones de Historia argentina* de Ricardo Levene (1912), destinado a la escuela media. Este libro tuvo prolongada incidencia en la educación, contó con más de veinte ediciones hasta 1959, año de fallecimiento del autor.

Ricardo Levene fue profesor de la Universidad de La Plata y de la Universidad de Buenos Aires, presidente de la Academia Nacional de la Historia y director de la *Historia de la Nación Argentina*. La *Nueva Escuela Histórica* representó durante décadas a la historia académica y profesional, siendo el mencionado texto escolar de más de cuatrocientas

cincuenta páginas el que la hizo masiva entre las jóvenes generaciones que se sucedieron como lectores.

Tal como expresáramos anteriormente en donde dejamos el estado de la cuestión historiográfica al Centenario, en 1912 Juan Álvarez con su *Estudio sobre las Guerras Civiles Argentinas* da una entrada diferente de la historia política. Es que la historiografía liberal había estado dominada por la idea positivista de que cada uno de los actores del drama histórico se manejaba solo por razones intelectuales (aunque a veces pelearan por el principio abstracto de la *libertad*), nunca por razones emocionales, ni mucho menos económicas. En cambio, Álvarez demostró que las guerras civiles fueron casi exclusivamente causadas por razones económicas.

### **La nueva escuela histórica**

Desde la Independencia el Estado se empeñó en la tarea de formar la identidad nacional, buscando un pasado que legitimara la fundación de la nueva nación. Lo cual tenía que orientarse a la educación pública, de lo cual ya hemos dado cuenta con la indicación de autores que gestaron textos escolares<sup>10</sup> para ordenar un discurso a ser introducido en la mente de los nuevos argentinos desde su formación inicial, que no era fácil, ya que tenía que articular con el proceso de integrar a la patria a un considerable contingente inmigrado y un pasado lleno de conflictos difícilmente explicables. No debemos olvidar que la población nativa fue considerada en poco o nada por el Estado. Había que formar al ciudadano para su desempeño social en el modelo.

En tal sentido, la historiografía respondía al quehacer político coyuntural o servía a una "Historia Oficial". La ocasión del centenario provocaría la consolidación de un cambio que se veía venir, al incorporar las materias sociales y económica como referente del propio individuo y acompañando al Estado en su tarea de formación nacional. La Nueva Escuela Histórica estuvo identificada con una filosofía crítica de las fuentes para llegar al conocimiento histórico.

No podemos dejar de mencionar la fecunda producción cinematográfica en la época del centenario, cine mudo pero introducía la imagen animada. Así tenemos las obras de Mario Gallo como *La revolución de Mayo* (1909), *El fusilamiento de Borrego* (1910), *La creación del himno* (1910), *Camila O. Gorman*, *La Batalla de Maipú*, *La Batalla de San Lorenzo*, *Güemen y sus gauchos*, *Episodios de San Martín* (Entre 1910-1913). Otras como

*Facundo Quiroga* de Julio Alsina (1909-1913). Apreciamos con claridad que la materia se desenvuelve en el terreno historicista.

El mayor impacto del centenario en la historiografía argentina fue la consagración de una nueva corriente que sin abandonar plenamente la tendencia positivista y liberal, incorpora el rigor y método científico, conocida como Nueva Escuela Histórica, que tiene como fundadores a Emilio Ravignani, Rómulo Carbia, Luis María Torres, Diego L. Molinari y el ya antes mencionado Ricardo Levene, quienes son considerados el primer contingente de esta escuela, que rescata el valor epistemológicos de la documentación, con lo que marca diferencias en cuanto a las fuentes empleadas. Este primer núcleo se desenvuelve justamente en los años impactados por el centenario, y que mas adelante nos referiremos a cada uno, desarrollan su actividad en la Junta de Historia y Numismática Americana, fundada por Bartolomé Mitre y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, dirigida por Emilio Ravignani.

María Silvia Leoni afirma sobre la historiografía argentina de las primeras décadas del siglo XX:

Su propuesta de lograr una historia científica, basada en la estricta aplicación de los principios metodológicos y la decisión de revisar todo lo escrito hasta entonces sobre la base de estos postulados (De Pompert, 1991). También procuró vincular los hechos históricos que se producían en el interior con los que se desarrollaban en Buenos Aires, aspecto que se evidencia fundamentalmente a través de la obra de Emilio Ravignani (Buchbinder, 1993) (Leoni, 2000: 2-3).

Los pensadores de esta escuela formaron organizaciones dedicadas a la formación de instituciones dedicadas a la vida académica, divulgación de fuentes documentales y demás aportes para el encuentro de la identidad y mantenimiento de la memoria histórica y principalmente desarrollaron lo que se ha llamado historiografía científica.

Con la nueva escuela histórica (Rómulo Carbia, Ricardo Levene, Diego Luis Molinari, Emilio Ravignani, Luis María Torres) se construye en la Argentina una generación de historiadores que creó la historiografía profesional argentina, que aspiró a monopolizar el saber histórico legítimo y hegemonizar la historiografía académica, considerada como la constructora y garante de la identidad nacional. Haremos una semblanza de los más significativos miembros de esta escuela.

La Nueva Escuela Histórica concibió un tipo de historia científica, fuertemente basada en el dominio del método, que buscó ser, a la vez, profesional y patriótica Cattaruzza (2001).

### **Ricardo Levene (1885-1959)**

Nacido en Buenos Aires, fue historiador y jurista, se graduó como doctor en jurisprudencia y leyes en la Universidad de Buenos Aires en 1906, con la tesis *Leyes Sociológicas*. De su época universitaria data la traducción de *La Historia de la Civilización* de J. de Crozals, en dos volúmenes. Desarrolló la actividad pedagógica desde 1906 hasta 1928 ejerció la cátedra universitaria desde 1911, como docente en la Facultad de Filosofía y Letras, como suplente de Sociología en la cátedra de Ernesto Quesada. En 1936 fundó el Instituto de Historia del Derecho Argentino y Americano, dependiente de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Su primera obra aparece en 1911, año siguiente al Centenario, con el título de *Los orígenes de la democracia argentina*. Su labor en el campo de la investigación y docencia universitaria fue muy fecunda, dictó cátedra en su alma mater en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la que fue decano y donde fundara el Instituto de Historia del Derecho Argentino y Americano; y en la Universidad de La Plata en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la que también fue decano. En sus demás actividades destaca que desde 1915 fue miembro de número de la Junta de Historia y Numismática Argentina América, siendo su presidente entre 1927 y 1931 y entre 1934 y 1938, bajo su presidencia se produjo la transformación en la Academia Nacional de la Historia, ejerció este cargo hasta su muerte en 1959. Esta institución antes y después de su transformación constituyó la institución no universitaria más dedicada a la investigación histórica. La academia mencionada, bajo la presidencia de Levene, produjo la monumental obra *Historia de la Nación Argentina*, de la que se publicaron, entre 1936 y 1950, diez de los catorce volúmenes de que consta la obra.

En 1920 publica los tres tomos de la obra que durante años había trabajado: *Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno* en que realiza un estudio político, jurídico y económico de la Revolución de 1810. Esta obra permitió que el autor fuera galardonado por la Real Academia de la Historia de Madrid, que además en 1922 lo incorporó como miembro.

En 1927 publicó *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Río de la Plata*. Otras obras que concitaron mucho aprecio fueron *La anarquía de 1820* y *La iniciación de la vida pública de Rosas* (1933), así como *El proceso histórico de Lavalle a Rosas*, que son clara muestra de la influencia de la Nueva Escuela Histórica, con una metodología de investigación del pasado. Otras obras importantes *Introducción a la historia del derecho indiano* (1924), *Lecciones de historia argentina* (1924) y, sobre todo, *Historia del Derecho Argentino* (1945).

Junto con Luis M. Torres, Rómulo D. Carbia, Emilio Ravignani y Diego L. Molinari, fue protagonista de la renovación historiográfica de la Nueva Escuela Histórica Argentina. En sus libros, Ricardo Levene entrelazó la aspiración a la verdad científica con la inquietud por la formación de la “cultura histórica” de los argentinos, se le considera también como el impulsor de una historia patriótica identificada con los fines del Estado para construir una identidad nacional.

### **Emilio Ravignani (1886-1954)**

Nacido en Buenos Aires, no solo fue historiador sino además jurista y político, entre sus mejores obras están los siete tomos de *Asambleas constituyentes argentinas*, así como *Historia constitucional de la República Argentina* (1927), mucho de su obra está inclinada también a la historia de caudillos, como Rosas, rescatando la imagen de este líder y la de su época, que había sido tipificada como “barbarie”. Tiene otras como *Una comprobación histórica, el comercio de ingleses y la representación de hacendados de Moreno* (1914), *La sociología, su importancia para los estudios jurídicos* (1915), *Historia del Derecho Argentino* (1919), *La Constitución de 1819* (1926), *El pacto de la Confederación Argentina* (1938), *El Virreinato del Río de la Plata. Su formación histórica e institucional* (1938), *La información histórica y los sofismas de la generalización (un análisis de historiografía y metodología de la historización)* (1938).

Este autor consolidó en sus obras su formación intelectual, siendo sus temas no solo del orden histórico propiamente dicho, sino en el ámbito jurídico y sociológico. Su vocación por el acervo documental y archivos lo llevó a colaborar firmemente en la fundación del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires y de la Junta de Historia y Numismática de Argentina, luego convertida en la Academia Nacional de la Historia y de los Institutos de investigación de Sociología y de Historia del Derecho, que fundó y dirigió.

### **Rómulo D. Carbia (1885-1944)**

Nacido en Buenos Aires, profesor de historia de la Universidad Nacional de La Plata y de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Sus obras fueron dedicadas a la historia, principalmente la etapa de la conquista, siendo crítico de la incursión e influencia española en América. Resultó un experto en los temas colombinos, pero donde más destacó fue en la historiografía mediante el estudio de las metodologías y corrientes en la historiografía argentina, asumiendo nuevas fuentes, objeto y perspectivas de estudio, siguiendo escuelas europeas de su tiempo. Su concepción como historiador fue considerarlo como un “reconstructor de vestigios” y fue un claro hispanista y representante de esa doble condición de ancestro español y patria americana.

Fue autor de numerosas obras escritas de carácter histórico e historiográfico (*San José de Flores (bosquejo del pueblo y parroquia desde 1609)* (1906); *Historia eclesiástica del Río de la Plata* (dos tomos, 1914-1915); *Lecciones de historia argentina* (1917); *Historia de la historiografía argentina* (1925); *La crónica oficial de las Indias occidentales* (1934); *Nueva historia del descubrimiento de América* (1936), *Historia crítica de la historiografía argentina* (1939), entre otras), y de gran cantidad de artículos históricos, publicados en diarios y revistas. Se considera su obra cumbre: *Historia de la leyenda negra hispano-americana* (1943) en clara oposición a los anti hispanistas. Se le ha considerado en iniciador del revisionismo hispanocatólico.

### **La historiografía argentina después del Centenario**

Ya desde Carbia se notaba en la historiografía un afán por hacer pasar a segundo plano el carácter historicista y proclive a confundirse con el discurso del Estado sobre la construcción de la identidad nacional, con lo cual va apareciendo un cuestionamiento hasta calificar de falsificada a la historiografía generada por la Nueva Escuela, surgiendo el “revisionismo histórico”, que como manifestamos Carbia fue su iniciador, y quien puede considerarse una especie de bisagra entre estas dos corrientes. Este revisionismo nace desde las frustraciones por la vida política, principalmente con el gobierno de Uruburi, quedando desacreditado su proyecto nacionalista y el rechazo al imperialismo inglés.<sup>11</sup>

Este revisionismo se nuclea con la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas en 1938. Promovía la revisión del pasado argentino en términos ético-políticos a través del *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas Brigadier Juan Manuel de Rosas*. De esta corriente revisionista son las obras Juan Manuel



Rosas. Su vida, su drama, su tiempo (1930) de Carlos Ibarguren; Ensayo sobre Rosas (1936), de Julio Irazusta; Vida de Don Juan Manuel de Rosas (1940), de Manuel Gálvez; Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica (1941), de José María Rosa. Alternaron esta operación destinada a ofrecer una versión alternativa del pasado nacional con la condena permanente a la “historia oficial” que, en sus contenidos esenciales, quedó plasmada en *La historia falsificada* (1939), de Ernesto Palacio. Esta corriente revisionista marcará la historiografía argentina hasta las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX.

Constituye un primer cuestionamiento a la “historia oficial”, principalmente, y probablemente, provocada solo en el terreno político, en que se busca de hacer calzar la historia con el proyecto nacional, por lo que el interés historiográfico pasaba a segundo plano, que si bien es cierto era más notorio en el revisionismo, no dejó de estar presente en los históricos, pero evidentemente, atenuado por la influencia europea de la escuela de los Annales.

El revisionismo no llegó a derrotar a la historiografía clásica la que prevaleció sobre la base de las instituciones que se originaron con los forjadores de la Escuela Histórica, como la Academia Nacional de Historia que terminó absorbiéndolos.

El golpe de estado de 1976 sumió a la historiografía en una decadencia hasta 1983 con la recuperación de la democracia, pero ya la historiografía se interesó mas por el presente que por el pasado, apareciendo en la década del 80 la economía como centro de la atención historiográfica. El resurgimiento de la historiografía se puede decir que recién a fines del siglo XX pero con una difusión pesimista de la historia argentina, así se cuestionaba a personajes de la talla de San Martín, Belgrano, Rosas, Irigoyen y Perón. Paradoja del destino, tan enfrentados enemigos terminaban en un mismo saco.

## **La historiografía chilena y el Centenario**

### **Contexto histórico**

En el terreno político del mismo año 1910 ocurría como hecho anecdótico que el sillón presidencial fue ocupado por cuatro personas, sin embargo Chile dio muestras de una estabilidad jurídica para establecer la sucesión presidencial por los procedimientos establecidos constitucionalmente.

Esta impecable sucesión en el supremo gobierno no tenía un correlato de prestigio político, a pesar de que el orden parlamentario estuvo a la altura de las circunstancias, existía un sentimiento de falencia en todo orden de cosas, no solo político aburridos del parlamentarismo, sino en el campo económico, social y hasta moral para muchos, que se condensaba, en lo que en la época y aprovechando la ocasión bautizaron como *La Crisis del Centenario*.

La economía se encontraba afectada mayormente por la reconstrucción del puerto de Valparaíso, afectado fuertemente por el terremoto de 1906 que sacudió la parte central de Chile, que además de este puerto del Pacífico sur sufrió daño considerablemente la infraestructura pública, dando lugar a destinar ingentes recursos para la reparación de los daños causados por el movimiento sísmico.

Otro hecho de considerable impacto en la economía chilena de aquella época fue la Matanza de Santa María de Iquique<sup>12</sup> con considerable pérdidas de vidas humanas, entre 2.200 y 3.600, originada por una represión brutal contra trabajadores salitreros, cuyas consecuencias económicas fueron devastadoras para la economía chilena entonces dependiente de la explotación salitrera en los territorios arrebatados a sus vecinos Perú y Bolivia a raíz de la Guerra del Pacífico, siendo estos luctuosos hechos el corolario de una sucesiva ola de reclamos y huelgas durante la primera década del siglo XX, que el movimiento obrero tuvo que bregar dado el permanente abuso de los explotadores de esta riqueza.

En el orden de identidad y moral existían severos cuestionamientos a la influencia española como secuela de la conquista y colonia, produciéndose un afrancesamiento de la cultura, que se acentúa más aún luego del fallido intento español de recuperar territorios en América, haciendo que la segunda parte del siglo XIX se caracterice por un rechazo a todo lo ibérico. Gerson Ledezma al respecto nos dice: “Durante la segunda mitad del siglo XIX se va delineando una nueva identidad del ser latinoamericano relacionada con la cultura francesa, dejando de lado las raíces españolas que se querían borrar una vez comenzado el proceso por la liberación nacional, y después de 1862-1864 cuando España intentó volver por lo que, según ella, le pertenecía: sus ex colonias” (Ledezma, 2006: 2).

Sin embargo, ya a principios del siglo XX existía una vuelta a lo hispano, en la medida que el imperialismo norteamericano ganaba espacios sobre los europeos, renace

un sentimiento de identidad latinoamericana asociándose a lo hispánico, llegando hasta hablarse de “raza ibérica”.

Si bien es cierto, en mayor o menor medida, lo antes expresado es aplicable a las otras dos naciones en estudio, en Chile tuvo un especial connotación y fue su característica en 1910, y se le identificó como una oligarquía españolizada: “no se vive en vano durante tres siglos a la sombra de un determinado orden de instituciones, sin que ellas echen raíces profundas en el suelo que dominan” (*El Mercurio*, 18 de septiembre de 1910).

Es precisamente a la crisis moral de la elite chilena a la que se han referido los autores de la época, para de manera casi unánime condenar. Se consideraba que la sociedad chilena se modernizaba según esquemas europeos, acumulaba y concentraba riquezas producto de las explotaciones salitreras, que no era distribuida al conjunto de la sociedad.

También se señala una crisis de credibilidad en el sistema electoral, degeneraciones producto del alcoholismo. Las denuncias sobre crisis moral se expresan durante la década del centenario, como el caso de Enrique Mac-Iver Rodríguez (1845-1922), quien en 1900 enfrenta a la aristocracia chilena en su *Discurso sobre la crisis moral de la República*, afirmando que los chilenos vivían una crisis integral, que comprendía a todos y en todo el territorio.

Se vinculaba la decadencia moral de la burguesía chilena a la Guerra del Pacífico. En palabras de Luis Emilio Recabarren: “El progreso económico que ha conquistado la clase capitalista ha sido el medio más eficaz para su progreso social, no así para su perfección moral [...] nuestra burguesía se ha alejado de la perfección moral verdadera” (citado por Ledezma, 2006: 24).

Sin embargo la llamada crisis moral no solo afectaba a las clases pudientes sino que estaba generalizada en un descontento popular y de decepciones generalizadas, y a mayor abundamiento en 1910 se desató en la capital una peste de viruela (Muñoz, 1999: 38), por lo que la crítica se centraban en la impertinencia de celebraciones y fiestas con motivo del centenario, lo cual no amilanó al gobierno, sino por el contrario constituyó una gran oportunidad para pretender transmitir una memoria positiva.

## La celebración

Para esta celebración Chile se preparó con la anticipación, en 1894 se formó la Comisión Centenario, que tenía como finalidad proponer el conjunto de proyectos y actividades para esta conmemoración. Posteriormente en 1905 se encargó la presidencia a don Agustín Edwards McClure. La celebración argentina del Centenario se realizó meses antes de la chilena, en mayo para ser precisos, contando con la presencia del presidente Pedro Montt en dicho país y una nutrida delegación diplomática chilena que quedaron deslumbrados con los festejos en el Río de La Plata. A los pocos meses fallecería Montt y se iniciaría una cadena de mortales pérdidas de los sucesores que conmocionaría al país en las vísperas, pero que no impidió la realización de las festividades y eventos programados, a pesar de que un sector pedía la postergación, en señal de duelo.

En las fiestas oficiales estuvieron delegaciones extranjeras de un gran número de países, la única que contó con su presidente fue Argentina (José Figueroa Alcorta), que además fue la más nutrida. La delegación española estuvo presidida por el Duque de Arcos Don José Brunetti y Gayoso, Italia e Inglaterra acreditaron personajes de su nobleza. Fue importante políticamente la presencia de la delegación boliviana dada la frescura de las heridas de la Guerra del Pacífico, pero mucho más significativa fue la ausencia o por lo menos poca presencia de delegación peruana con la que existía pendiente la convocatoria del plebiscito.

Entre las exposiciones más importantes estuvieron la Gran Exposición de Bellas Artes,<sup>13</sup> para cuyo efecto se constituyó un gran palacio que fue inaugurado durante la celebración. También la Exposición Histórica del Centenario concitó mucho interés, cuya recopilación de objetos estuvo a cargo de Nicanor Molinari, mayormente vinculados a personajes históricos, civiles, militares y eclesiásticos, destacando el manuscrito escrito de la Canción Nacional de Ramón Carnicer, un juego de muebles regalados por Napoleón III a Blanco Encalada que tenía una mesa con un grabado central de la Plaza de Santiago en 1851. Y contó con una serie de conferencias naturalmente sobre los hechos históricos que importaban al país anfitrión. Otro evento importante fue la Exposición Internacional Agrícola y Nacional de Industria, que destacaba los avances hechos en las actividades mencionadas.

Se realizaron concursos de toda índole, para premiar a los mejores artistas, literatos, poetas, escultores, críticos y arquitectos, así como otro concurso de música.

Finalmente mencionaremos que para la propia celebración la ciudad fue debidamente acondicionada inaugurándose obras que mejoraron su aspecto. Así tenemos la prolongación de la Avenida Matta hasta el puente Cousiño, se crearon varias calles para unir la Alameda con el Palacio de las Bellas Artes, la iluminación eléctrica de la urbe con faroles especialmente hechos para la ocasión. Se inauguraron monumentos y esculturas, principalmente regalados por las colonias extranjeras en señal de cariño y amistad, como los monumentos de la Plaza Francia, la Plaza Italia, el monumento a Alonso de Ercilla donado por los españoles, los suizos con un león que sostiene la bandera chilena, otras como la fuente alemana.

Las fiestas oficiales empezaron el 13 de septiembre con un torneo de esgrima, deporte de gran difusión en la época, que finalizó con una recepción de los organizadores a las delegaciones visitantes en la Casa Consistorial de Santiago. El 14 del mismo mes tuvo lugar como evento central la Revista Naval en Valparaíso. Al día siguiente el centro de las actividades matutinas fue el desfile escolar en torno al monumento a O'Higgins, en la tarde la Revista de Gimnasia y en la noche fuegos artificiales y encendido de las luces eléctricas. El 18 se llevó a cabo el banquete oficial en el Palacio de La Moneda, con un desfile de antorchas preparado por la colonia alemana. El 17, la víspera del día central hubo un acto en la Universidad de Chile en honor de las delegaciones visitantes y la sesión solemne en el Congreso de la República.

El día central, 18 de septiembre de 1910, fue recibido en su hora 00.00 con una salva de cañones y campanadas y a las 9.00 am. Se realizó el desfile alegórico a la Batalla de Maipú en el mismo lugar de los hechos. A las 2.00 pm. se inició el Te Deum en la catedral. En la tarde tuvo lugar una función de gala en el Teatro Municipal de Santiago exhibiéndose la ópera Aida de Verdi, terminando el día con fuegos artificiales. De esta manera transcurriría este memorable día y en los días siguientes se realizarían algunas otras actividades.<sup>14</sup>

### **Influencia del Centenario en la historiografía chilena**

Analizado el contexto histórico del centenario, pasamos al análisis de cómo llega la historiografía chilena a esta celebración. Los estudiosos coinciden que hablar de historiografía chilena es a partir de la última década de la mitad del siglo XIX, coincidente con el gobierno de Prieto<sup>15</sup>, en que se debate cómo debe estudiarse la historia chilena, si ella tenía como punto de partida la independencia en 1810 o si se tomaba en cuenta la

época anterior, es decir la colonia y sus antecedentes prehispánicos. De este debate dependería el principio de identidad nacional para proyectarla al futuro. Resolver este dilema solo era posible mediante reflexiones metodológicas.

Por un lado, podría tener la historia determinados hitos como focos iluminadores del porvenir, en la formación de un imaginario nacional o un análisis de todos los hechos del pasado en búsqueda y encuentro de la verdad, basados en fuentes documentales y un análisis del contexto del momento. La tercera opción era evidentemente, un eclecticismo, de tal forma que se lograra ambos objetivos, una historia rigurosa y debidamente sustentada en fuentes documentales con amplitud de entradas epistemológicas, desde el ámbito no solo político, sino social, económico y cultural, pero expuesta en la búsqueda de una identidad nacional. El encuentro de estas dos corrientes permitió construir la historia chilena.

Sobre este tema resalta el trabajo reciente de Joseph Dager Alva (2002), en torno al debate entre 1844 y 1848 para definir el método para investigar el pasado, quien en primer lugar generaliza para todos los países hispanoamericanos en cuanto a su historiografía: “tuvo el compromiso de contribuir a la imaginación del Estado-Nación, por lo que no pudo cumplir cabalmente el modelo de ausencia total de la subjetividad.” (Dager, 2002: 1). Esta afirmación no solo constituye justificación sino que indica una realidad. Andrés Bello<sup>16</sup> fue defensor de la historia narrativa (*ad narrandum*<sup>17</sup>), junto con Claudio Gay<sup>18</sup>, teniendo en la otra esquina a jóvenes historiadores como José Victorino Lastarria<sup>19</sup> y Jacinto Chacón con el método de fuentes (*ad probandum*), una historia filosófica como medio para encontrar la verdad. Otros intelectuales historiadores del siglo XIX fueron los liberales Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y los hermanos Amunátegui,<sup>20</sup> los conservadores Ramón Sotomayor Valdés, Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina, Crescente Errázuriz y Valentín Letelier.

El esfuerzo del Estado por construir su legitimidad e identidad gravita fuertemente en la tendencia historiográfica de la primera mitad del siglo XIX en todos los países hispanoamericanos independizados en los primeros años de ese medio siglo, a lo cual no escapa Chile, ni los demás países estudiados en este trabajo, aunque Perú podría tener características diferentes por la importancia colonial. También existe una vocación educacional por la necesidad de transmitir un conjunto de conocimiento que guarde coherencia con el discurso nacional que el Estado busca de fijar en la memoria y hasta en la conciencia ciudadana. Fue muy importante la presencia de la Universidad de Chile para efectos no solo de los trabajos de investigación sino de recolección y organización de

archivos, las exposiciones de memorias y otras actividades que dieron vida al estudio histórico.

Obviamente este objetivo tiene serios inconvenientes cuando de por medio está la búsqueda de la verdad o el razonamiento filosófico. De allí que nacieran “las dos grandes líneas de interpretación política de la historia del Chile republicano vigentes, al menos hasta la década de 1920” (Gazmuri 2006: 51), una liberal y otra conservadora con los exponentes que mencionamos anteriormente.

El resultado de este debate fue la preeminencia de la historiografía narrativa, sin que significara en una forma absoluta, dado que con el otro método se incorporó al primero, diremos solamente “tuvo mayor fortuna” (Dager, 2002: 42), marcando la tendencia historiográfica chilena de la segunda mitad del siglo XIX, que fue el estudio analítico de los sucesos históricos resaltantes, existiendo aportes de la otra tendencia, principalmente en el sentido de encontrar y explicar las causas de esos eventos históricos marcándose así la tendencia positivista. Gazmuri afirma que el “positivismo” se centró en la idea de aplicar el método científico como forma de investigar todo conocimiento, para “terminar siendo una suerte de religión” (Gazmuri, 2006: 51).

El debate giró hacia la interpretación política de los hechos reflejándose la ideología, ya sea liberal, encabezada por Barros Arana, Vicuña Mackenna y los Amunátegui que rechazaban el legado colonial, que si bien no compartían el método filosófico de Lastarria y Chacón, sí se encuentran en este rechazo, sin embargo, el “bellísimo” fue más prolongado, encarnado de alguna forma en los historiadores de la segunda mitad del siglo XIX que hemos mencionado. Dager Alva cita a Diego Barros Arana, que en 1902, con más de setenta años de edad, decía con sosegada complacencia: “Hoy cuando los principios sostenidos por Bello no encuentran ni pueden encontrar contradictor razonable, esos escritos se leen en busca de buena y agradable doctrina literaria” (Dager, 2002: 42).

En esta segunda mitad del siglo XIX la producción historiográfica es de “carácter político, militar e institucional con gran nivel pero de horizonte aristocrático, con ocasionales y asistemáticas incursiones en problemas sociales, económicos y culturales” (Gazmuri, 2006: 51) y positivista que privilegia el hecho investigado, para lo cual recurre a las fuentes documentales, siendo notoria la búsqueda en archivos, tanto de Perú como de Europa.

Al siglo XIX se le considera en el mundo intelectual el siglo del historicismo por “privilegiar la dimensión histórica de toda realidad” (Gazmuri, 2006: 52) dado que solo se

estudia la construcción histórica de los hechos del pasado. Solo a fines del siglo paulatinamente se van introduciendo tendencias que explican y estudian otros aspectos que contextúan a los hechos. Se caracteriza el siglo XIX por una historiografía positivista, erudita, narrativa, apegada a las fuentes sin interpretaciones, con clara influencia de la ideología liberal.

Así llegamos a la época del centenario, el que hemos llamado *del entre siglo*. Surgen respuestas contestarías al orden político, económico y social, en 1899 Emilio Rodríguez Mendoza publica *Ante la Decadencia*, que es la primera clarinada de una ola de severas críticas al orden establecido que trasuntaría el centenario y caracterizaría su época historiográfica. Luego Enrique Mac-Iver Rodríguez (1845-1922) en 1900 publicaría su *Discurso sobre la crisis moral de la República*, con un claro cuestionamiento al orden político y social, condenando el carácter aristocrático del Estado.

Luego Alberto Edwards con *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, en un franco cuestionamiento. También en esa misma línea Nicolás Palacios (1854-1910) publicando en 1904 *Raza Chilena* y en 1907 *Decadencia del Espíritu de nacionalidad*. A diferencia de Mac-Iver, Palacios provenía de una familia modesta de agricultores, en su obra señala que la raza chilena es mestiza y proviene de dos razas puras, indígena mapuche e ibérica. Como vemos, con Palacios se suma al carácter social anti aristocrático el problema racial marcado por un desprecio la inmigración poniéndola como causante de los vicios ideológicos y morales que debilitaba la raza chilena *apta para la guerra*.

Otro intelectual en la misma línea de los anteriores fue Tancredo Pinochet Le Brun, proveniente de la clase media chilena, autor de *La Conquista de Chile en el Siglo XX*, publicada en 1909 e *Inquilinos en la hacienda de Su Excelencia* en 1915, agregando el antimperialismo y acusando de entreguista al sistema socio económico imperante, criticaba el pretendido carácter noble e hidalgo de procedencia española que enarbolaba la clase dominante. Escribe: “España noble, ociosa y espiritual y la España villana, estúpida y laboriosa. De ahí nació el desprecio al trabajo y el menos precio al trabajador” (Pinochet, 1915: 148).

En el año del centenario 1910 Alejandro Venegas Carus publica con el seudónimo de Julio Valdés Cange *Sinceridad, Chile en 1910, Cartas al excelentísimo señor don Pedro Montt*, que constituye un ataque frontal a la clase aristocrática, en una serie de cartas remitidas al presidente Barros Luco con una crítica despectiva que acusa a la clase dominante de todos los males, económicos como la convertibilidad del papel moneda en



1878, educativos, a la celebración del centenario, a la campaña de la Araucanía y en fin no dejó ningún valor político, económico o social en pie. A todos les cortó la cabeza. Por cierto sufrió persecución.

También es de destacar en esta línea, pero más enmarcado en las revistas y folletos, a Luis Emilio Recabarren Serrano, quien tuvo el semanario *La democracia* en 1901, luego publicó el folleto *El sembrador de odios y Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana* publicada en el año del Centenario, dictó conferencia sobre el Centenario bajo este último título, denunciando el carácter clasista de la Independencia, criticó a la historiografía por elitista al resaltar solo a los personajes de la elite, era un convencido socialista y creía en la revolución proletaria como forma de solucionar la crisis.

Otro historiador fue Francisco Antonio Encina Armanet con su obra *Nuestra Inferioridad Económica*, publicada en 1911 y *La educación económica y el liceo* en 1912, pero obviamente engendradas mucho antes del centenario. Atribuía a la crisis económica la crisis moral existente, provocada por el desplazamiento de los comerciantes nacionales por los extranjeros por una inferioridad económica, cuya causa se encontraba en la falta de sentimiento nacional. A diferencia de Nicolás Palacios, Encinas aplicó conceptos darwinísticos a la raza y al territorio llegando a conclusiones pesimistas sobre la población chilena (Ledezma, 2006): “nuestra raza, en parte por herencia, en parte por el grado relativamente atrasado de su evolución y en parte por la detestable e inadecuada enseñanza que recibe, vigorosa en la guerra y medianamente apta en las faenas agrícolas, carece de todas las condiciones que exige la vida industrial” (Encina, 1911: 32-33).

Como apreciamos en todos los autores que hemos citado a raíz del centenario, como Encina, Palacios, Vergara, Mac-Iver, Pinochet, Recabarren, tienen como denominador común la crítica compulsiva y repulsiva contra el orden político, social, económico y moral, que no guardo nada ni se reprimió de algo, enfilaron sus baterías, apuntaron al blanco y dispararon. Podrían haber formado una escuela, por ser un coro casi uniforme de condena a todo el *stabliment*, dando un vuelco completo a la historiografía, ya que el tema propiamente histórico se convierte en un simple cuadro. Podemos decir que el Chile del centenario se convirtió en una severa evaluación de su vida política, social y económica. Todos coincidieron en que la crisis no era solo moral sino generalizada e integral, comprendía a todos y a todo.

Cristián Gazmuri, casi 90 años después, ha encontrado el nombre perfecto para denominar a este conjunto de biliosos. En un artículo publicado el 16 de diciembre del 2001

por el diario El Mercurio de Chile, bajo el título de *Los autoflagelantes de 1910 Bicentenario, Centenario y Reflexión*. En este artículo hace un severo cuestionamiento al valor de estos hombres aunque les otorga algún mérito. Señala que todos denunciaron la existencia de una crisis cuando muy pocos compartían este criterio, dado que según Gazmuri, el país vivía una “onda autocomplaciente”. En pocas palabras constituían una minoría criticadora, lo cual no es un hecho extraordinario porque la historia mundial enseña que siempre han existido grupos minoritarios cuestionadores de las estructuras sociales de su tiempo, cualquiera sea el estado de las cosas, buenas o malas. Chile no ha sido una excepción, así en la época de Manuel Montt la intelectualidad creyó que el país se encontraba en una gran crisis, produciéndose dos revoluciones, sin embargo en el siglo XX muchos historiadores conservadores ven en la década de Montt como “paradigma de buen gobierno y estabilidad” (Gazmuri, 2001: 2).

Destaca que este grupo no era fruto de un compromiso político, sino que se trata de figuras aisladas, que en común tienen una actitud emotiva –probablemente la ocasión del centenario predispuso a estos hombres para optar por una actitud tan severa– frente a una crisis que pocos percibían pero que en realidad sí estaba incubándose, como se corroboraría en la década del 20 en que se manifiesta con mayor agresividad.

A Gazmuri le llama la atención la “aparente falta de vínculos de cualquier tipo entre estos testigos de la crisis” y luego continúa: “El común denominador que los une es solo la denuncia de la crisis”. Critica la personalidad de cada uno, considerando a unos como solitarios y a veces desequilibrados. Algunos condicionados por las persecuciones sufridas, pero aclarando que estas persecuciones fueron precisamente por lo que escribieron. A otros los califica como probables pacientes de enfermedad mental o psicológica. De estos padecimientos libra a Edwards, pero igual lo califica de “pavo real” y a Subercaseaux y Ross como oligarcas pero honestos y de buenas intenciones.

El valor intelectual de estos “autoflagelantes” tampoco queda en pie. No les reconoce un pensamiento concordante a la naturaleza de la crisis, para unos; crisis política, para otros económica, para otros social y para otros racial. Pero en lo que coinciden es en cuanto todos reconocen el carácter moral de la crisis provocada por la decadencia de la clase dominante.

Finalmente les reconoce que fueran de vida personal intachable, hubo de toda condición y situación, pero ninguno corrupto, oportunista, caudillesco o arribista, algunos con prosapia, otros de “medio pelo” y hasta otros de origen “artesanal”. Importante las

últimas líneas de Gazmuri en el artículo mencionado, porque nos une el pasado centenario como el futuro bicentenario y pronostica que también esta conmemoración que se avecina estará “marcada con el signo de la crítica y el dolor”, podrán haber sectores optimistas, con razón mayor o menor que en centenario, pero no hay duda que estamos entrando a una época de “examen de conciencia nacional” y exhorta a que sea lo más fructífero y se debata con altura.

Para cerrar el tema debemos mencionar el otro lado de la historiografía con motivo del centenario. A esa época los connotados historiadores del siglo XIX mantenían su vigencia y producción. En 1900 José Toribio Medina publicaba *Las medallas chilenas* y en 1902 *Las monedas chilenas*, en 1905 *Diccionario biográfico colonial* y en 1918 *La Araucana de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga*.

En 1905 y 1906 aparecerían el primer y segundo volumen de *Un decenio de Historia de Chile* escrito al final de su vida por Diego Barros Arana, considerado por muchos su mejor obra (Gazmuri 2006:104). Este ilustre y anticlerical hombre falleció a finales de 1907.

De Vicuña Mackenna no podemos mencionar por su muerte prematura en 1886 a los 55 años. Miguel Luis Arrunátegui tampoco llegó al nuevo siglo, pero en 1902 recién se publicó su obra *El diario de la Covadonga*. Su hermano Gregorio Víctor casi llegó a vivir en la nueva centuria pues falleció en 1898.

Ramón Sotomayor Valdés pudo pasar la valla, falleció en 1903 después de publicar en 1896 *Campaña del ejército chileno contra la Confederación Peruano-Boliviana*. Pascual Ahumada, escritor muy preocupado sobre las guerras, nacido en 1845 y fallecido en 1908, publicaba en 1901 su obra *El Ejército de Chile, como se nos juzga en la República Argentina. Advertencias a nuestro país y a nuestros soldados*.

Pedro Pablo Figueroa, nacido en 1857 en 1901 publicaba *El cirujano militar don Francisco Julio Oyanzún*, entre 1898 y 1906 publicaba el *Álbum militar de Chile, 1810-1879: Obra ilustrada con retratos*. En 1906 *Vida del General Juan O' Brien*, falleció en 1909.

Ricardo Salas Edward, nacido en 1870, fundador en 1902 del *Diario Ilustrado* en 1902, vocero del partido conservador, junto con su hermano Ramón publicaron en 1914 *Balmaceda y el parlamentarismo en Chile*, obra clásica sobre este gobernante. Falleció en 1939.

Carlos Silva Cotapos, nacido en 1868, sacerdote desde 1891, publicó su primera obra en 1904 *Algunas Erratas de: La Evolución de la Historia, de don Valentín Letelier*, ya en 1911 publica *El clero durante las guerras de la Independencia*. En los años siguientes publicaría una serie de biografías, en 1921 publica artículos sobre episodios de la guerra del Pacífico en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* y finaliza su obra en 1925 con *Historia eclesiástica de Chile*.

Llegamos a Crescente Errazuriz Valdivieso nacido en 1839, sacerdote desde 1863, director del diario *El Estandarte Católico*, a pesar del grave ataque e tifoidea que lo dejó semiparalizado por muchos años en 1908 publicaría *Historia de Chile durante los gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada*, en 1912 *Pedro de Valdivia y Chile sin gobernar*, en 1914 *García Hurtado de Mendoza*, en 1915 *Francisco de Villagra*, en 1916 *Pedro de Villagra*, después de su muerte ocurrida en 1931 siendo arzobispo de Santiago, se publicaría *Algo de lo que he visto*, libro autobiográfico.

Hemos señalado a este conjunto de escritores que sus vida productivas estuvieron en torno a este tiempo que hemos denominado *del entre siglo*, coincidente con la celebración del centenario en 1910, como podríamos seguir con una relación mayor, que en todo caso se puede encontrar en la obra de Cristián Gazmuri 2006, para mostrar que el grueso de la intelectualidad no tomó el rumbo del grupo que Gazmuri denominó *los autoflagelados*, sino que mantuvo las corrientes existentes, relevando y ponderando los temas históricos que por la ocasión servían para formar la identidad nacional.

Sin embargo podemos afirmar que la oportunidad fue propicia para incorporar en la historiografía chilena otras entradas al tema histórico, como los económicos, sociales y hasta raciales, que entrarían paulatinamente a dominarla en la segunda mitad del siglo XX.

## **La historiografía peruana y el Centenario**

### **Contexto histórico**

La Independencia del Perú fue un proceso que terminó evidentemente con la capitulación de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824 y que se inició formalmente con la proclamación de la Independencia el 28 de julio de 1821 por José de San Martín.

Durante los casi cincuenta años siguientes el país tuvo en la inestabilidad política, la mejor característica: sucesivos gobiernos militares y peregrinas elecciones daban muy poca legitimidad a los gobernantes, de tal forma que, como fácil era llegar más fácil era salir. Durante lo que restó del siglo XIX dos hechos gravitaron en su historia, la explotación del guano y la aciaga Guerra del Pacífico.

El primero permitió un transitorio auge fiscal, pero mediante empréstitos que pronto dejó al país más deudor que acreedor, y el segundo hecho, traumático por cierto, a costa del cercenamiento de una gran parte de su costa sureña del Océano Pacífico, las extensas tierras llenas del oro salado que fue a enriquecer al vecino país mapuche.

Pero no solo ello, sino la tarea de reconstrucción frente al golpe económico y moral. Levantada la invasión quedaron pocos años antes de dar a luz al siglo XX, en los cuales poco o nada se pudo hacer. Siendo el tema de la guerra recurrente en todos los aspectos de la vida cotidiana, como que inmediatamente de firmado el espurio tratado de Ancón,<sup>21</sup> tuvo que levantarse en armas Andrés Cáceres para expulsar del Palacio de Gobierno al claudicante Iglesias, que había sido entronizado por el enemigo para tenerlo como interlocutor válido y firmar el triste y célebre tratado antes mencionado. La crisis moral era evidente al entrar al siglo XX, la desconfianza en los gobernantes y más aún en una aristocrática casta gobernante, no permitía levantar el ánimo popular.

Al final del siglo XIX y por ende comienzo del XX, Nicolás de Piérola y Balta entregaron el poder a Guillermo Billinghurst. Piérola, quien luego de su desastrosa conducción de la guerra, se reivindicó hasta cierto punto con su gobierno posterior que finalizó en 1899, durante el cual hubo un prestigio de la autoridad y manejó el Estado, como hubiéramos querido que lo hubiera hecho con la guerra, con autoridad y eficiencia, se mantuvo en la legalidad dando seguridad jurídica y “la alternidad pacífica en el mando” (Basadre, 1983: VIII, 1), que a decir de Basadre inauguró el período más largo de sucesiones presidenciales y de paz, y que fue quebrado 30 años después con el golpe militar de Sánchez Cerro.

Otro aspecto importante del gobierno de Piérola fue la estabilidad financiera del país, lograda por el establecimiento del patrón de oro creando una moneda dura y confiable. A Piérola lo siguió Eduardo López de Romaña, quien en 1903 cedió la posta a Manuel Candamo, quien debía concluir su mandato en 1907, pero la muerte lo sorprendió en el primer año, debiendo continuar su mandato Serapio Calderón, quien en 1905 entregó el poder a José Pardo y Barreda, en un claro predominio civilista. Dando lugar a un

crecimiento económico que como en las otras repúblicas, no tuvo un correlato con las grandes mayorías.

Brillaron los ingenios azucareros y algodoneros. La exportación de estos productos dio una prosperidad económica.<sup>22</sup> Dando lugar a una masiva inmigración asiática para cubrir la fuerte demanda laboral en la costa. Con la minería sucedería lo mismo. En 1908 ascendería al poder Augusto B. Leguía, quien gobernaría hasta 1912, en que el Congreso eligiera como presidente a Guillermo Billinghurst.

Entre mayo y diciembre de 1911 se tensaron las relaciones con Chile, que se agudizó cuando una sociedad secreta llamada *Liga Patriótica*, pidió la salida de todos los peruanos de Iquique y de toda la región Tarapacá, con insultos y ataques al patrimonio. Y en grandes turbas apedreando cuanto lugar estaba ocupado por peruanos. Señalamos este hecho por cuanto estos actos hostiles tendrían su repercusión en la celebración del Centenario.

Esto significa, para fines de nuestro estudio, que como nunca, el Centenario tuvo un preámbulo bastante prolongado, 22 años de vida democrática. Billinghurst, ariqueño pero peruano,<sup>23</sup> sutil diferencia, gobernó hasta 1914, cuando dimitió por una revuelta militar y una interpretación congresal, y se generó una Junta de Gobierno multipartidaria elegida por el Congreso y presidida por el Coronel Oscar R. Benavides, al tiempo que se desencadenaba la primera guerra mundial con importantes e inmediatas consecuencias sobre el país. Este conato militarista duraría muy poco, al siguiente año 1915 sería reelecto presidente don José Pardo y Barreda, cuyo segundo gobierno completaría su mandato en 1919, para entregar el poder al también reelecto Augusto B. Leguía. En igual forma, el presupuesto se duplicó en términos constantes en el mismo período (de 3,3 a 6,6 millones).

Esto dio lugar a la formación de una burocracia y una relativa prosperidad, que se iba a reflejar de manera clara en la actividad urbanística, y la generación de un orden jurídico, pero también de movilizaciones obreras y de otros trabajadores en busca de mejores salarios y condiciones.

Y así llegamos hasta el Oncenio de Leguía, dentro de cuyo período se celebraría el centenario, en un clima bastante diferente a las naciones vecinas estudiadas, no debe olvidarse que entre el centenario de las dos sureñas repúblicas y la peruana medió un evento como la guerra mundial, que trajo prosperidad y ocupación, e hizo el concepto de *Patria Nueva*. Incluso con una nueva Constitución en 1920.

Los gobiernos de Leguía se caracterizaron por un gran desarrollo urbano, principalmente en la capital como reflejo de ideas modernizadoras que corrían en el mundo y que se traducían en grandes modificaciones a las más importantes urbes del planeta, entre las cuales junto con Lima, Santiago y Buenos Aires corrían parejo, con arquitecturas dominadas por grandes monumentos que recordaban a los próceres de las independencias. Largas y anchas avenidas y enormes plazas públicas, que buscaban asemejarse a las grandes ciudades europeas.

A pesar de mediar once años entre los centenarios de Argentina y Chile con el del Perú, este Oncenio no afectaba mayormente el contexto, sin embargo ya para el caso peruano asomaba la reforma universitaria que tendría mucha influencia en la intelectualidad y por cierto con el advenimiento de una pequeña burguesía que nutriría la clase media. Aparecen intelectuales de la talla de Luis A. Sánchez, Jorge Basadre, Raúl Porras, Manuel Abastos, Carlos Moreyra Paz Soldán, Víctor Raúl Haya de la Torre, Víctor Andrés Belaunde, Manuel Gonzales Prada, José de la Riva-Agüero y Osma, José Guillermo Leguía, José Gálvez. Si esos once años no dieron un distinto matiz en el plano económico y social, en el campo intelectual sí fueron cualitativamente productivos y marcaron la famosa Generación del Centenario.

Ya para el centenario era muy claramente perceptible una clase obrera producto de una incipiente aparición de industrias manufactureras. Sin embargo el año del centenario resultó políticamente demasiado movido, el régimen de Leguía empieza una ruta que lo llevaría a la desgracia, desde el famoso receso universitario en protesta por la violación del campus universitario, el grave atentado a la libertad de prensa con la expropiación del diario *La Prensa*, en ese entonces dirigido por Augusto Durant, enfrentamientos entre poderes y por si fuera poco con detenciones a rivales políticos y deportaciones, y como para dibujar bien este escenario nada propicio para la celebración del centenario, en casi la víspera, el incendio del Palacio de Gobierno. Con lo cual se llegó al momento esperado.

### **La celebración**

Afirma Jorge Basadre “Las fiestas en conmemoración del Centenario de la Independencia nacional tuvieron suntuosidad y alegría” (Basadre, 1983: 273). Esta opinión que es descriptiva contrasta con la opinión de Juan Luis Orrego Penagos: “La conmemoración del Primer Centenario de la Independencia (1921), al que siguió poco después los cien años de

la victoria de Ayacucho (1924), fueron utilizados por el leguismo como medio de propaganda política en el país y el extranjero” (Orrego, 2008).

Ambos tienen razón, fue esplendorosa, el pueblo gozó con alegría la conmemoración como describe el notable historiador tacneño, y fue aprovechada políticamente por el gobierno de turno, como lo expresa el historiador limeño hoy muy dedicado al tema de la conmemoración del Bicentenario. Ya lo hemos visto en el caso de las otras repúblicas sanmartinianas, los gobiernos aprovecharon la oportunidad para vender su proyecto político, social y económico. En el caso de Perú, gobernado por Augusto Bernardino Leguía,<sup>24</sup> el gobierno vendía el producto “Patria Nueva”. No lo reprobamos, y es más, lo consideramos atinado, oportuno y necesario, más en repúblicas como las que nos ocupan, su primer esfuerzo que hasta ahora continúa, está orientado a generar una cohesión nacional, y momentos como estos, solo pasan cada cien años. Esto no justifica el encarcelamiento y deportaciones de rivales político ocurrido para aquella época.

Llegaron delegaciones extranjeras, veintinueve para ser exactos. Infructuosas fueron las gestiones para contar con la presencia del Rey de España Alfonso XIII, en su lugar presidiendo la delegación vino Cipriano Muñoz y Manzano, Conde de la Viñaza y Grande, como embajador extraordinario. Por un exceso de celo bolivariano, que temió que no habría homenajes a Bolívar, la delegación venezolana se abstuvo de llegar. Otro fue el caso de Chile, probablemente por encontrarse enturbiadas las relaciones diplomáticas por no haberse resuelto el tema del plebiscito.

Las inauguraciones empezaron con el develamiento de una estatua de San Martín en Pisco, lugar de su desembarco en tierras peruanas del ejército libertador. Se restableció la Orden El Sol del Perú, también se creó la Medalla del Primer Centenario de la Independencia Nacional. Abundaron los discursos, banquetes y ceremonias.

Uno de los actos más importantes fue la inauguración de la estatua ecuestre de José de San Martín en la Plaza que lleva su nombre, obra del escultor Mariano Benlliure. Los eventos hípicas no se dejaron extrañar, en el Hipódromo de Santa Beatriz se realizó una Reunión de Gala. También se inauguró la exposición industrial. Se recibieron los obsequios de las delegaciones y de las colonias de extranjeros residentes en el Perú. La colonia alemana obsequió el reloj del Parque Universitario y su respectiva torre, la española el arco del triunfo que se mantuviera hasta hace unas décadas al final de la Avenida Wilson (hoy Garcilaso de la Vega), la colonia británica entregó el Estadio de Santa Beatriz, que luego fuera demolido para dar paso al actual Estadio nacional. Otros obsequios de estas colonias



quedaron pendientes para cuando se terminaran las obras, como el caso de la colonia italiana y la colonia norteamericana con una estatua de George Washington colocada al año siguiente, la japonesa con la estatua de Manco Cápac que solo estuvo lista en 1926, cinco años después, y la China con una fuente de bronce concebida por Gaetano Moretti y con esculturas de Grazziosi y Gemiriani. El discurso de elogio al General San Martín fue hecho por Germán Leguía y Martínez.

Como telón de fondo de todas las ceremonias estuvo la visión oficial que se quería proyectar, la Patria Nueva, lo cual pasaba en el campo material por la inauguración de obras públicas que cambiaran la cara de la ciudad capital, en ese sentido se ensancharon calles y se inauguraron nuevas avenidas, no está demás recurrir al arquitecto Elio Martuccelli que nos confirma que “Gran parte de la actual estructura urbana de Lima surgió entre 1919 y 1930” (Martuccelli, 2006: 258), es decir en la décadas de los dos centenarios. En 1921 se inauguró la Avenida Leguía actual Arequipa que unía Lima con los Balnearios del Sur, le seguiría la Avenida Progreso que conectaba Lima con su puerto, ocurrida en 1926, luego en 1928 la Avenida Alfonso Ugarte, la pavimentación de la Avenida Grau y la Avenida Brasil. En las inmediaciones del Río Rímac se construyó el malecón Leguía y siguieron una serie mas de obras que cambiaron la cara de Lima, el Parque Universitario, La Colmena, el Parque de la Reserva y las urbanizaciones que se generaron con las nuevas avenidas, como Santa Beatriz, San Isidro, Orrantia, Lobatón , Lince, etc.

Finalmente, para terminar por donde empezó Basadre, fue una conmemoración fastuosa y alegre, las fiestas fueron esplendorosas, a pesar del incendio del Palacio de Gobierno que sucedió apenas 25 días antes de la ceremonia central del 28 de julio de 1921, así como los desfiles. El 28 de julio de 1921, día central, empezó con un Te Deum en la catedral y una recepción en Palacio de Gobierno. En la noche se regalaron los fuegos artificiales. Para el día siguiente quedó la inauguración de la exposición industrial en el llamado Palacio de Cartón levantado donde hoy está el Hotel Bolívar. El 1 de agosto se inauguró el Museo de la Independencia o Bolivariano en la casa que habían vivido Pezuela, San Martín y Bolívar. También en todos los días de fiestas hubo regatas, funciones teatrales, desfiles, carreras, los juegos llamados “Coney Island de Nueva York” y “Distracciones Norteamericanas. Todo terminó con la gran parada militar en Santa Beatriz en los primeros días de Agosto, ya en víspera de la sublevación Cervatina, del 5 de agosto, encabezada por el Capital Guillermo Cervantes.

No nos explayamos más sobre la celebración por no desviar la dirección del presente trabajo que es hacia la historiografía del centenario, pero prometemos volver en otro momento, sobre todo con motivo de las próximas celebraciones del bicentenario.

### **Influencia del Centenario en la historiografía peruana**

Como mencionamos, el centenario peruano fue once años después de las demás repúblicas sanmartinianas, estando de por medio la primera guerra mundial (1914-1919). En términos de situación económica se puede advertir una diferencia sustantiva con las otras repúblicas sanmartinianas, era ostensible, visible y perceptible una buena época, que inclusive llegaba a denominarse *la Belle Époque*. Sin embargo en términos políticos y de formación de la nación, la situación con los demás países mencionados, a pesar de los años que separaban la celebración, era similar, había mucho descontento y pesimismo.

La historiografía peruana anterior al centenario, correspondiente al Siglo XIX, como señala Nelson Manrique “llama la atención el escaso interés que suscita el siglo XIX” (Manrique 1991: 241), atribuye este hecho en parte a la corriente historiográfica hispanista de la época del franquismo, que remite a la colonia como momento fundador de la nacionalidad peruana, que sí ha gozado de mucha acogida en los historiadores. Igual imagen se forja de los denominados progresistas, que se han preocupado más de la Teoría de la Dependencia, que parte desde la aparición del imperialismo del siglo XX. Sin embargo reconoce que a partir de mediados de los 70 del siglo XX nace preocupación por el siglo que universalmente se le conoce como el del *historicismo*. Si siguiéramos la línea de este autor probablemente no tendríamos nada que escribir sobre el siglo XIX, que es muy importante para entrar a la época del centenario, pero advirtiendo que su llamada de atención está referida a la historiografía que estudia el siglo XIX y no a la historiografía producida en ese siglo lo dejamos para concentrarnos en esta última, sobre la cual ha aparecido en el presente años un magnífico estudio de Joseph Dager Alva (Dager, 2009) dedicado a la historiografía del siglo XIX, que agregado al análisis del estado de la cuestión sobre la historiografía que llega al centenario realizado por José de la Puente Candamo nos ilustran suficientemente sobre este tema.

Esa centuria, por lo menos en sus primeros cincuenta años, fue calamitosa en términos intelectuales, con las guerras de la independencia, *así en plural*, en que los pensadores y escritores fueron realistas y patriotas según el tiempo. Acaso el virrey Abascal con tropa peruana no tuvo que develar la rebelión de Charcas en la primera década, y

posteriormente La Serna con su campaña en la sierra hasta su capitulación pasando por la propia campaña libertadora, con lo cual se llevaron la cuarta parte del siglo. Los otros veinticinco años fueron de permanentes guerras externas con Bolivia, con Colombia, con Chile, y en el frente interno, permanente guerras civiles caudillescas que deben haber agotado el trabajo de las imprentas en los panfletos de los caudillos, sin embargo es rescatable obras historiográficas.

Y siguiendo este siglo XIX ni qué decir de los años que vinieron, guerra con España y Guerra con Chile, recién podemos decir que después de la guerra del Pacífico encontraríamos terreno propicio para la producción historiográfica y probablemente recurrente con el restañamiento de las heridas de este conflicto bélico. Es en la última década del nonagésimo que aparecen un conjunto de pensadores que comienzan a producir obras importantes, a quienes se les denominó la Generación del Novecientos, de la cual queremos ocuparnos antes de entrar a la Generación del Centenario. Sin embargo y a pesar de todo este ambiente hostil a la producción historiográfica, el siglo XIX “se distinguió como aquel en el que más afloraron las historias nacionales” (Dager, 2009: 32). Afirmación que si bien se refiere al contexto universal de la historiografía resulta aplicable a la nuestra.

José de la Puente Candamo (De la Puente, 1999: 103) hace un estudio del estado de la cuestión desde el advenimiento del siglo XIX hasta el advenimiento del centenario, destacando el carácter narrativo de los estudios monográficos sobre la vida republicana, y al igual que en las repúblicas vecinas, los temas políticos y militares son el centro de atracción historiográfica. En esta línea encontramos a Manuel de Mendiburu (1805-1885) con su *Diccionario histórico biográfico del Perú*, (Lima,1874), Mariano Felipe Paz Soldán (1821-1886), con su *Historia del Perú independiente* (Lima,1878) y otras como *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia* y *Biblioteca peruana* (1879), Nemesio Vargas (1849-1921) con su *Historia del Perú independiente* (1903), Sebastián Lorente (1813-1884) con su *Historia del Perú compendiada para el uso de los colegios y de las personas ilustradas* (1876), *Historia de la civilización peruana* (Lima, 1879), *Historia de la Conquista del Perú* (Lima, 1861) Manuel Odriozola (1804-1889) con sus *Documentos históricos del Perú en las épocas del coloniaje, después de la Conquista y de la Independencia hasta lo presente* (1863) y *Colección de documentos literarios del Perú* (1863), José Toribio Polo (1841-1918) con su *Historia nacional. Crítica del “Diccionario histórico biográfico del Perú” del señor general Mendiburu* (1891), Carlos Wiesse (1859-1945) con su *Resumen de la historia del Perú* (Lima, 2005) y Antonio Raimondi (1826-1890), sin dejar de mencionar a Ricardo Palma (1833-1919) con sus *Tradiciones peruanas*.

Estos autores tienen como mérito la construcción del conocimiento de la vida peruana como lo señala José De la Puente (1999: 104), pero no estuvieron orientados a la formación histórica del Perú, nos agrega este autor, sobre cuyo tema resalta a Bartolomé Herrera como el primero que subraya el origen incaico y español, así como el espíritu de estos hombres del siglo XIX que no fueron pesimistas y siempre a pesar de todos los inconvenientes trabajaron por construir país.

Hasta aquí hemos visto a aquellos que nacieron con el siglo y como era de esperar no muchos traspasaron la barrera del siglo XX. Pero hubo aquellos nacidos un poco antes de terminar el siglo que destacaron nítidamente respecto de otras épocas y merecieron llamarse Generación del Novecientos, también llamada *Arielista* por la influencia del notable escritor uruguayo José Enrique Rodó. Entre ellos José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1944), Víctor Andrés Belaunde (1883-1966), José Gálvez (1885-1957), Francisco García Calderón (1883-1853), Ventura García Calderón (1886-1959), Julio C. Tello (1880-1947), a los que se debe añadir otros como Pablo Patrón, Modesto Basadre, Manuel González de la Rosa, Horacio Urteaga, entre otros.

Una característica de este grupo fue el sentimiento de peruanidad que los iluminaba, buscaban contribuir a la identidad nacional. Riva-Agüero en 1910 publica *La Historia del Perú* con manejo de fuentes, siempre veló por la conciencia histórica como fundamento de la nacionalidad. Importante cita que De la Puente Candamo hace de Riva-Agüero: “La estrecha relación entre la historia y el patriotismo es de evidencia tal que constituye un lugar común ... La patria es una creación histórica ... vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza, el de los muertos y el del ideal proyectado en lo venidero” (Riva-Agüero, 1910: 548).

Otro pensador como Víctor Andrés Belaunde en la misma línea del anterior, buscando homogenizarnos en una sola identidad mestiza, diferenciándose del anterior en su visión más prospectiva, preocupación por el futuro y porvenir de la patria, que consagra en su gran obra *Peruanidad*, publicada recién en 1957, cuya cita que hace De la Puente vale la pena recordar: “No puede verse esta simplemente a través de la raza primitiva. La peruanidad nace de la conjunción de las dos razas que no solo se yuxtaponen sino que comenzaron a fusionarse y sobre todo por la cultura cristiana que crea el alma de nuestro pueblo” (Belaunde, 1957: 56).

Francisco García Calderón y su hermano Ventura, el primero con su obra *El Perú contemporáneo* y el segundo con *Materiales para un discurso a la Nación peruana* y

*Páginas escogidas*, uno sociólogo y filósofo y el otro literato, ponen su signo de buscar la identidad nacional. Julio C. Tello, padre de la antropología y de la arqueología peruana concurre en la búsqueda del carácter milenario de nuestro pueblo mediante descubrimientos y estudios del Ande.

La época de la celebración (1921) encontraría en la plenitud a estos arielista, pero surge una juventud universitaria combativa y dispuesta a llevar a realizar lo que escriben y hablan o a resolver los problemas nacionales que denuncian, para quienes ya no era solo la preocupación por la patria sino también para quienes la integran. Era la necesidad de forjar una nación con bienestar general. Por consiguiente al historicismo se agrega lo político y social y sobre todo articulando con las ideas mundiales de la época que son adoptadas de manera diversa sin guardar una cohesión política, lo que se mostraría en los distintos rumbos partidarios que adoptarían.

Destacan Jorge Basadre Grohmann (1903-1980), Raúl Porras Barrenechea (1897-1960), José Carlos Mariátegui (1894-1930), Luis Alberto Sánchez (1900-1994), que son los clásicamente mencionados, sin embargo, es conveniente incorporar a los denominados *indigenistas*, como José María Arguedas (1911-1969), Luis E. Valcárcel (1891-1987), Hildebrando Castro Pozo (1890-1945) y José Uriel García (1884-1965), así como a Germán Leguía Martínez (1861-1928), Rubén Vargas Ugarte (1886-1975), Aurelio Miró Quesada Sosa (1907-1998), José Varallanos (1908 -1997) y José Antonio Encinas (1888-1958).

La producción historiográfica de esta Generación del Centenario no se verifica ni se publica en los años de la celebración, no por ello dejaremos de mencionarla más adelante, pero lo que queremos significar es que la celebración impulsó un estado germinal cuyos frutos fueron cosechados años después con la publicación de brillantes obras como *Historia de la República del Perú* de Jorge Basadre, los estudios de Porras sobre el Inca Garcilaso de la Vega y los cronistas, *Mito, tradición e historia del Perú*. Mariátegui y sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, Ideología y política* y Luis Alberto Sánchez con su *Historia de la Literatura Peruana. El nuevo indio* de José Uriel García, *El cholo y el Perú mixto*.

Y cerramos el tema por ahora, pero con la promesa de ampliarlo, ya solo respecto del Perú, mencionando que el Centenario de la Independencia del Perú, fue el eslabón entre la Generación del Novecientos y la Generación del Centenario, sin ser sepulturera ni partera, esta celebración fue un eslabón en la cadena historiográfica entre ambas escuelas, que aportaron apreciables tendencias que correspondían a su tiempo, en unos la necesidad

de afirmar el Estado-Nación y la búsqueda y encuentro de una identidad, de la peruanidad, y en otros de no quedarse solo en la exposición histórica y denuncia, sino de salir a generar no solo una patria, sino una patria que además sirva a los peruanos. Sí lo lograron o han contribuido a ello, es otra cosa, lo que juzgamos es la intención. Nadie podrá negar a Víctor Andrés Belaunde, a José Carlos Mariátegui, a Víctor Raúl Haya de la Torre ni su amor por el Perú ni su vocación por hacer de ese Estado-Nación un terreno fértil para la realización de todos los peruanos. Tampoco a Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, Rubén Vargas Ugarte, Germán Leguía y Martínez y a Luis Alberto Sánchez su vocación por conocer el pasado con un análisis sincero y riguroso. A José Antonio Encinas y otros amautas su interés por la educación. Y menos a Luis E. Valcárcel, Julio C. Tello, José Uriel García, José María Arguedas y a Hildebrando Castro Pozo su preocupación por el hombre andino de costa, sierra y selva de ayer y de hoy.

Haciendo un balance con solo un poco de emoción podemos decir que la historiografía ha estado en ambos siglos a la altura de las circunstancias. No hay reproche alguno. El empeño de la formación del Estado-Nación y el encuentro de la identidad nacional, ha sido la preocupación de todo el mundo contemporáneo, y podemos ver que ninguna de las naciones o Estados del orbe puede lucir en esta primera década del siglo XXI un cuerpo político, social, económico y étnico consolidado. Lo cual está lejos de ser responsabilidad historiográfica. Basta apreciar la fragmentación que trajo por los suelos el esfuerzo de casi un siglo por formar la URSS, el caso de China, India y en gran parte de Europa. ¿Por qué exigir tanto? De cara al Bicentenario, apreciemos con ponderación esta nueva celebración. Que la historiografía no se convierta simplemente en el canal donde discurre el diagnóstico, sino que sea también el pronóstico y la terapia.

## **Conclusiones**

Las repúblicas andinas independizadas de España en las primeras décadas del siglo XIX podemos dividir las en sanmartinianas y bolivarianas, Argentina, Chile y Perú entre las primeras y Venezuela y Colombia, así como Ecuador y Bolivia, entre las segundas, sin dejar de mencionar que Perú puede ubicarse en ambas, dado que tanto San Martín como Bolívar intervinieron decisivamente en su Independencia.

Si bien es cierto la oportunidad en que cada país declara su Independencia no es necesariamente aquella en que se hizo efectiva y realmente cesaron las relaciones coloniales con España y se dio inicio al Estado que sustituía al anterior, sí ha resultado con

el tiempo consolidada la efeméride por ser exclusivamente formal, en tal sentido Argentina tiene como punto de partida para computar su centenario el 18 de Mayo de 1810, Chile el 21 de septiembre del mismo año y el Perú el 28 de julio de 1821, en efecto, en aquellas oportunidad estaba lejos en el tiempo la instalación y del nuevo Estado. En el caso del Perú resulta más evidente, ya que los ejércitos españoles se mantuvieron en la mayor parte de su territorio hasta el 9 de diciembre de 1824 en que recién fue sellada la Independencia del Perú y de casi toda América.<sup>25</sup>

América en su conjunto, incluyendo a los Estados Unidos de Norteamérica, es un segmento de la humanidad y del planeta por demás importante, por lo que resultaba de interés no solo nacional y continental, sino mundial conocer cómo les iba con su nueva configuración política. No olvidemos que entre estas naciones está la actual primera potencia mundial y sumada a su economía la de países tan importantes como México, Brasil, Argentina y Perú, reunían y reúnen gran parte de la producción del orbe. Por ello consideramos que la cadena de centenarios de la independencia de estos países concentraba la atención tanto para el frente interno como el externo. Hoy en día, de cara a la nueva cadena de conmemoraciones con ocasión del bicentenario resulta de suma importancia recordar la celebración de cien años atrás.

Está demás señalar que una oportunidad como las celebraciones de un siglo de las independencias resulta una oportunidad propicia para que desde el Estado y hasta de las elites se aproveche para difundir y transmitir los valores y concepciones que legitiman al gobierno de turno en particular y al Estado en general. No lo reprobamos, por el contrario nos parecería sorprendente que fuera distinto. Sin embargo resulta inevitable que con este motivo la intelectualidad muevan los puños hacia las tintas o con otros medios, expresen una especie de balance del arco histórico que marcan los cien años. Y conforme va llegando la fecha, llegó la fecha y posterior a ella se produce una influencia en la historiografía, porque debemos hablar de las épocas del centenario y no de fechas.

En Argentina la consagración de la Nueva Escuela Histórica, que sin abandonar la tendencia positivista y liberal incorporó el rigor y método científico, rescatando a las fuentes documentales que tuvo entre sus principales exponentes a Ravignani, Carbia, Torres, Molinari y Levene.

En Chile para la época del centenario un grupo de pensadores que tiene como denominador común la crítica convulsiva y repulsiva contra el orden político, social, económico y moral, parecería haber esperado justo estas fechas para neutralizar la

oportunidad de transmitir un mensaje de unidad y fe en su patria. Casi noventa años después Gazmuri encontró la palabra exacta para denominarlos *los autoflagelantes* y además de manera descarnada y objetiva crítica los coloca en su verdadera dimensión, solo aportaron emotividad, coraje, valor y honradez, solo fueron, como en otros lugares del mundo, una minoría cuestionadora de las estructuras sociales de su tiempo. Entre los exponentes de los autoflagantes Gazmuri coloca a Emilio Rodríguez, Nicolás palacios, Mac-Iver, Tancredo Pinochet, Recavarren, Encinas, Palacios, Vergara, Subercaseaux, Ross, Edwards. Esta corriente no pudo opacar la producción historiográfica de historiadores preocupados por la construcción de la identidad chilena como Medina, Barros Arana, Vicuña Mackenna, los Arrunátegui, Sotomayor, Ahumada, Figueroa, Salas, Silva, Errazuris, a quienes hemos denominado *del entre siglo*, que dieron continuidad a la tendencia historicista de la historiografía chilena hasta la época del centenario, que luego se vio enriquecida con la entrada a su historia a partir de temas sociales, económicas y hasta raciales, que paulatinamente la irían dominando en la segunda mitad del siglo XX.

En cuanto al Perú, la época del Centenario se constituye en el eslabón que unió a las generaciones conocidas como la del Novecientos y la Universitaria o del Centenario. Durante casi todo el siglo XIX la historiografía se caracteriza por su carácter narrativo sobre la vida republicana con temas políticos y militares, con autores como Mendiburu, Paz Soldán, Vargas, Lorente, Polo, Odriozola, Wiesse, Palma, que por el carácter descriptivo de sus obras contribuyeron solamente al conocimiento de la vida peruana, sin aportar a la formación histórica. Un aspecto que sí se encontrará en la que se denominó Generación del Novecientos, que en el entre siglo, con influencia arielista, busca el sentimiento de peruanidad, Generación conformada por Riva-Agüero, Belaunde, Gálvez, los hermanos García Calderón, Tello, Pablo Patrón, Modesto Basadre, González de la Rosa, Urteaga, entre otros.

Esta Generación del Novecientos llega en su plenitud a la época del Centenario y converge con una nueva generación, venida desde las aulas universitarias que aportan entradas políticas y sociales, y compromiso en la construcción de la nacionalidad y de la patria, no solo pensando en engrandecerla sino de hacerla propicia para la realización de los peruanos. Sus miembros optan por diversas rutas políticas. Entre ellos destacan Basadre, Porras, Vargas Ugarte, Leguía, Haya, Mariátegui, Sánchez, Encinas, Valcárcel, Tello, Uriel, Arguedas, Castro Pozo, quienes tienen como denominador común su preocupación por el peruano, por sus orígenes y por su futuro.



Finalmente, proponiendo un balance podemos decir que para las historiografías de las tres repúblicas sanmartinianas, la época del centenario representó la oportunidad de enlazar el empeño de la formación del Estado-Nación y el encuentro de la identidad nacional, con las preocupaciones sociales y económicas y hasta étnicas que afectan a la sociedad, por lo que la época se constituyó en un eslabón que unía en cadena ambas corrientes historiográficas que convivieron durante todo el resto del siglo XX.

## Notas

1. Herodoto: “Un siglo representa, aproximadamente, tres generaciones viriles, puestas de un extremo al otro”.
2. El orden escogido no es solo alfabético, sino por las fechas de sus respectivas independencias.
3. A manera de ilustración, señalaremos que así como en la celebración de 1921 se inauguró la estatua a San Martín, para el centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924 se levantó la efigie de Bolívar. Gesto que denota, inclusive hasta nuestros tiempos, que no ha quedado definido a cuál atribuir el título de Libertador del Perú. Las polémicas entre sanmartinianos y bolivarianos son fieles testigos de lo expuesto.
4. Por ello la referencia a los ejércitos españoles durante las guerras de Independencia fue de ejército realista y no de ejército español.
5. La intelectualidad emergente en la época de los centenarios (1910-1921) se caracterizó por ser juvenil y provenir de las aulas universitarias de los países latinoamericanos.
6. Puede también consultarse Morán (2010: 35-36), quien, además, refiere otras fuentes.
7. Así se llamó al conjunto de políticos e intelectuales que dirigieron el país desde 1880 con Julio Argentino Roca hasta el gobierno de Roque Sáenz Peña que empezó en 1910, pasando por los de Miguel Juárez Calman, Carlos Pellegrini, Luis Sáenz Peña, José Evaristo Uriburi, el mismo Roca, Manuel Quintana y José Figueroa Alcorta.

También llamado “Período de la oligarquía porteña”, por el predominio de la capital sobre el interior.

8. Se calcula que entre 1857 y 1941 se afincaron 3.500.000 inmigrantes de un total de 6.500.000 que llegaron a Argentina, la diferencia corresponde a los que regresaron a sus tierras. En la inmigración predominó la proveniente de España e Italia.
9. La Batalla de Pavón (17 de septiembre de 1861) fue clave en la guerra civil argentina. Implicó el final de la Confederación Argentina y la incorporación de la provincia de Buenos Aires como región principal del país.
10. Una de las primeras obras de textos escolares es *El nene* de Andrés Ferreyra. Otro fue *El libro del escolar* de Pablo Pizzuro (1901). Otro, *Historia argentina de los niños en cuadros* de Carlos Imloff y Ricardo Levene (1910) y *Lecciones de Historia Argentina* de Ricardo Revene (1912).
11. La condena al colonialismo tras la firma del tratado Roca-Runciman con Inglaterra, como se expresa en Irazusta (1934).
12. La Matanza de la Escuela Santa María de Iquique ocurrió el 21 de diciembre de 1907. Fueron asesinados entre 2200 y 3600 trabajadores del salitre que se encontraban en huelga general, alojados en la Escuela Domingo Santa María. Este hecho ocurrió durante el auge de la producción salitrera en el Norte Grande chileno. La explotación de los trabajadores, quienes vivían y trabajaban en condiciones míseras, causó esta protesta que fue reprimida brutal e indiscriminadamente por la Fuerza Armada del gobierno del presidente Pedro Montt, quien favorecía a las salitreras chilenas. El movimiento obrero chileno se inicia entre los mineros del salitre en años anteriores durante las crisis nacionales. Las protestas de 1907 formaron parte de un ciclo de huelgas que venían desde 1902 (en especial Valparaíso en 1903 y Santiago en 1905). Esta matanza, que incluso se ensañó con los familiares de los trabajadores y con los sobrevivientes, cerró ese ciclo y ocasionó que el movimiento obrero fuera contenido por una década.
13. Contó con Secciones de Pintura Decorativa, Esculturas, Artes gráficas, Metalistería, Cerámica y Vidriería y las secciones internacionales para las muestras francesas e italianas principalmente, que trajeron cuadros, esculturas, grabados, estampas y

otros objetos decorativos. También se hicieron presente Estados Unidos, Brasil y Japón.

14. Mayores detalles, así como las críticas que nunca faltan, algunas con razón y otras por el deporte de aguar las fiestas que no nos son extraños a los latinoamericanos, podrán encontrar en Muñoz (1999).
15. José Joaquín Prieto Vial (1786-1854). Presidente de Chile 1831-1841. “Su llegada no solo significó la estabilidad política para Chile, sino que también fue el origen y consolidación del nuevo sistema de gobierno, conocido como *régimen conservador*, que perduró en el poder por varias décadas” (<http://www.memoriachilena.cl/historia/presidentesdechile.asp>).
16. Andrés Bello llega a Chile en 1829, redactó el Código Civil (1841-1855), rector de la Universidad de Chile (1843-1865), redactor de *El Araucano*, diario del gobierno (1830-1853). Fue el centro de la intelectualidad chilena.
17. Frase de Quintiliano: “Historia scribitur ad narrandum, non ad probandum” que el barón de Barante, Prosper De Brugière, erudito y romántico historiador francés, colocó como epígrafe de su *Historia de los duques de Borgoña de la casa de Valois*. Citada por Dager (2002).
18. Claudio Gay fue el primer historiador que abordó la historia de Chile.
19. José Victorino Lastarria (1817-1888) Ideólogo y político liberal escribió sobre literatura e historiografía, publicó “Historia General de la República de Chile desde su Independencia hasta nuestros días”, conjuntamente con otros autores. Gazmuri la considera “una obra pobre teniendo en cuenta sus pretensiones” (Gazmuri, 2006: 409).
20. Diego Barros Arana 1830-1907, Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1898) y Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui con considerados liberales por Cristian Gazmuri (2006: 51) y Ramón Sotomayor Valdés, Alberto Edwards Vives y Francisco Antonio Encinas como conservadores.
21. El tratado se celebró con un gobierno peruano inventado por Chile.

22. Entre 1900 y 1908 la explotación de algodón subió de 7.000 a 16.000 toneladas; en libras peruanas, de 326.000 a 800.000.
23. Nació el 27 de julio de 1851 cuando Arica no estaba cautiva.
24. Leguía gobernó en los períodos 1907-1912, 1919-1924 y 1924-1929. Para el centenario se encontraba en su tercer año del segundo gobierno.
25. Cuba lo haría casi al terminar el siglo.

### **Bibliografía**

Basadre Grohmann, Jorge, 1983, Historia de la República del Perú (1822-1933) Tomos VIII y IX: La República Aristocrática 1895-1919, Lima, Editorial Universitaria.

Casalino, Carlota, 2007, "Centenario de la Independencia y el próximo Bicentenario", en Blog de Carlota Casalino, 20 de noviembre de 2007. Revisado en enero de 2011, en <http://blog.pucp.edu.pe/?amount=0&blogid=906&query=bicentenario> y en <http://blog.pucp.edu.pe/archive/906/2007-11>

Cattaruzza, Alejandro, 2001, "La historia y la profesión de historiador en la Argentina de entreguerras", en Saber y Tiempo. Revista de Historia de la Ciencia, vol. 3, núm. 12, julio-diciembre, p. 107-139.

Dager Alva, Joseph, 2009, Historiografía y Nación en el Perú del Siglo XIX, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

\_\_\_\_\_, 2002, "El debate en torno al método historiográfico en el Chile del siglo XIX" en Revista Complutense de Historia de América, vol. 28, núm. 12, p. 97-138.

De la Puente Candamo, José A., 1999-2001, "La historiografía peruana del siglo XX y su aporte a la visión mestiza de la nacionalidad", en Revista Histórica, tomo XL, Lima, p.103-119

Encina Armanet, Francisco Antonio, 1911, Nuestra Inferioridad Económica.

- Flores Galindo, Alberto, 1988, "La imagen y el espejo: la historiografía peruana (1910-1986)", en *Márgenes. Encuentro y Debate*. Lima (SUR Casa de Estudios del Socialismo), año II, núm. 4, pp. 55-83.
- Gazmuri, Cristián, 2006, *La historiografía Chilena (1842-1970) Tomo I (1842-1920)*, Santiago de Chile, Taurus – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Gutiérrez, Ramón, 2006, "Las celebraciones del centenario de las independencias", en *Apuntes (Instituto Carlos Arbeláez Camacho para el Patrimonio Arquitectónico y Urbano, ICAC)*, vol. 19, núm. 2.
- Irazusta, Julio y Rodolfo Irazusta, 1934, *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena. 1806-1833*. Buenos Aires, Tor.
- Iriarte, María José, s. f., "Centenario de la Revolución de Mayo: Las Exposiciones Internacionales".
- Ledezma Meneses, Gerson G., 2006, "Chile en el primer centenario de la Independencia en 1910. Identidad y crisis moral", en *Historia y Espacio*, núm. 26.
- Leguia Olivera, Enriqueta, 2008, "Prólogo", en *Celebración del Centenario de la Independencia 1821-1921. Edición Facsimilar*. Lima, Fundación Augusto B. Leguía.
- Leoni de Rosciani, María Silvia, 2000, "Corrientes en el contexto regional: una perspectiva desde la historiografía correntina", ponencia presentada en las *Primeiras Jornadas de História Regional Comparada (23, 24, 25 de agosto)*. Simpósio 12 - *Visiones historiográficas e identidade regional*. Porto Alegre – Rio Grande Do Sul. Revisado en enero de 2011, en <http://www.fee.tche.br/sitefee/download/jornadas/1/s12a7.pdf>
- Manrique, Nelson, 1991, "La historiografía peruana sobre el siglo XIX" en *Los Andes, Cuzco*, año 9, núm. 1, julio, p. 241-260.
- Martucelli, Elio, 2006, "Lima, capital de la patria nueva: el doble centenario de la Independencia del Perú", en *Apuntes (Instituto Carlos Arbeláez Camacho*

para el Patrimonio Arquitectónico y Urbano, ICAC), vol. 19, núm. 2, p. 256-273.

Mayorga, Cecilia y Gustavo A. Brandariz, 2000, "El doctor Nicolás Repetto y la historiografía argentina", ponencia presentada en el II Encuentro de Filosofía e Historia de la Ciencia del Cono Sur (3 al 5 de mayo). Mesa redonda: Grupo Argentino de Historia de la Ciencia (4 de mayo). Bernal (Centro de Estudios e Investigaciones, Universidad Nacional de Quilmes). Revisado en marzo de 2011, en <http://www.museoroca.gov.ar>

Morán, Daniel, 2010, "Prensa y revolución. Debates y perspectivas de la historiografía peruana y argentina a puertas del bicentenario", en Illapa. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, año 2, núm. 7, julio, p. 33-58. Revisado en febrero de 2011, en <http://revistailapa.blogspot.com/>

Méndez, Patricia y Rodrigo Gutiérrez, 2006, "Buenos Aires en el centenario: Edificación de la Nación y la Nación edificada", en Apuntes (Instituto Carlos Arbeláez Camacho para el Patrimonio Arquitectónico y Urbano, ICAC), vol. 19, núm. 2, p. 216-227.

Muñoz Hernández, Luis Patricio, 1999, Los Festejos del Centenario de la Independencia. Chile en 1910, Santiago de Chile.

Nordenflycht, José de, 2006, "La copia feliz del edén: un centenario, su museo y el cóndor", en Apuntes (Instituto Carlos Arbeláez Camacho para el Patrimonio Arquitectónico y Urbano, ICAC), vol. 19, núm. 2, p. 210-215.

Orrego Penagos, Juan Luis, 2008, "Los años 20: el Centenario de la Independencia", en Blog de Juan Luis Orrego Penagos. Rumbo al Bicentenario. Historia del Perú, América Latina y el mundo. Siglos XIX y XX, 20 de junio de 2008. Revisado en enero de 2011, en <http://blog.pucp.edu.pe/archive/1407/2008-6-20> y en <http://blog.pucp.edu.pe/item/24805/los-anos-20-el-centenario-de-la-independencia>

Tejada Ripalda, Luis, 2000, "La Generación del Centenario y América Latina" en Socialismo y Participación, núm. 88, septiembre, p. 91-95.

Valverde, Benjamín, 1921, Álbum grafico del Centenario: Recuerdo histórico de todas las ceremonias y actuaciones patrióticas. Fiestas sociales, etc. Realizadas en Lima.- Galería de Presidentes del Perú.

Yepez del Castillo, Ernesto, 1980, "Los inicios de la expansión mercantil capitalista del Perú (1890-1930)" en Historia del Perú. Tomo VII Perú Republicano, Lima, Mejía Baca.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

**Reconocimientos:**

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

**No Comercial.** No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

**No Derivados.** No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.